

COMPASIO



DRPS  
FA  
635

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500767785







**Ex Libris**



**Russell Perry Sebold III**

*Library of the  
March 26 1881*



FL DRPS FA 10635

0500767785

Emanuel Casellas

15000

LA

# COMPASION,

POEMA FILOSÓFICO Y MORÁL,  
distribuido en cinco Discursos en verso  
castellano,

*POR DON JOSE VIRUES.*

*"Non ignara mali, miseris succurrere  
disco. VIRGIL.*

Sé condolérme, he sido desgraciado.

MADRID, 1822:  
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.





## PRÓLOGO.

Prosiguiendo nuestro propósito de dar á luz algunas traducciones de poetas clásicos modernos, para contribuir á hacer populares entre nosotros, y por tanto útiles, los acentos de la poesía, profanados de mucho tiempo há en su exclusiva aplicacion á materias fútiles, ó bien á una elocucion ininteligible para el comun de los lectores, publicamos hoy este pequeño poema, persuadidos de que su lectura puede ser provechosa cuando menos á la juventud, en la importante época de la educacion.

El panegírico que presenta de la vir-



( 4 )

tud de la Compasion, distribuido en cinco discursos, que habíamos procurado expresar en versos inteligibles y numerosos, nos ha parecido ahora no solo un libro bueno, sino único en su especie, y que, si no nos engaña un celo poco ilustrado, acaso algun dia podrá llegar á ser clásico en las escuelas.

En efecto: con él se puede ejercitar á los discípulos en el arte utilísima de la recitacion ó declamacion, sin ninguno de los inconvenientes que ofrecen las obras dramáticas, y con las ventajas que jamas han producido ni podian producir las Fábulas, ni ninguna de nuestras poesías filosóficas ó morales, antiguas ó modernas, por su intrincada y á veces exótica y casi siempre incorrecta construccion, por su vaga metafísica, y sobre todo por su carencia del suave y penetran-

( 5 )

te patético, que es lo mas necesario de todo en las primeras lecturas destinadas á la juventud durante su educacion: época de la vida en que se siembra y nace el por-venir próspero ú adverso de cada hombre.

El material que empleamos en estos Discursos es casi todo sacado del poema de *la Pitié* del ilustre Delille, en la parte únicamente útil á nuestro propósito, es decir, al panegírico de la virtud de la Misericordia; y aun de esta misma parte no lo escogimos todo. Por lo cual, dando á nuestra obra un tono enteramente distinto del de aquella, y añadiéndole libremente algunas ideas nuestras, pusimos el nombre de *Discursos* á los trozos en que la distribuimos. De consiguiente no podemos temer hoy ser criticados con razon en calidad de traductores, pues



que no lo somos, bien que hablemos siempre en nombre de Delille.

En cuanto á la versificación de esta obrilla nos atrevemos á esperar que hallándola los inteligentes igual á la de la Enriada le darán la misma aprobacion con que tanto han recomendado ésta al aprecio del público, y excitado nuestra gratitud.

A continuacion del poema ofrecemos á su exámen y juicio crítico unas breves *Reflexiones* sobre algunos puntos curiosos de literatura poética, que hemos creído útil y preciso que acaben de tener entre nosotros toda la claridad y fijeza que necesitan los elementos de todas las artes. Lidiamos contra fuerzas muy superiores, pero ¿qué debíamos hacer llamados á la arena, y pudiendo ser útiles hasta con el instructivo ejemplo de nuestra derrota?



## LA COMPASION.

### DISCURSO PRIMERO.

*Ideas generales de esta virtud. Su aplicacion á favor de los irracionales.*

Harto tiempo al tronár de la ímpia Guerra  
Tembló ya el órbe atónito. Harto tiempo  
Escuchó la Molície embebecida  
Del corruptór Placér los tórpes écos.  
Ay! básta. Vén á mí, ¡oh precioso instinto  
De las candidas almas! dà á mi tierno  
Delirio voz ¡oh Compasion celeste!  
Y con llánto de amór baña mi pléctro.  
Pues yó te cánto á tí, tú á mí me inspira;  
Y dignos sonarán de tí mis versos.  
Lógren hoi, consolando al triste mundo,



Ser bendecidos dél , grátos al cielo.  
 Lógren enternecer al tórpe aváro ,  
 Y al déspota feróz , restituyéndo  
 Su llánto y su justicia al Indigénte ,  
 Su glória y su virtud al Opulento.

Copa inexhausta ofrece de ventura  
 Al hombre la Piedad , con el excelso  
 Título de Monarca de los Brutos.

No fue la Fuerza quien le dió su cetro :  
 Fue la Piedad, del débil protectora.

Breve orizónte sólo desde el suelo  
 Los animáles vén , y en él terminan  
 Los fines de su humilde movimiento.  
 Dióles el Criador alma imperfecta ,  
 Bastante á sujetarlos al imperio  
 De la Necesidad , nó á las Virtudes.  
 Capáces de pasion, nó de consejo ,  
 ¡Cuánto distan del hombre! El hombre llora;  
 Y éste es su mas ilustre privilegio.  
 Del hombre es protector el mismo llanto ,  
 Cuando de su enemigo riega el pecho.

Lloramos al miràr arrebatada  
 Al Amór y al amánte en los destéllos  
 De su primer albór la virgen pura.

Llorámos contemplando al indefénso  
 Huerfanillo vejádo por el mismo  
 A quien lo confió paterno celo.  
 Y cuando la Piedad humilde empeña  
 Su elocuencia de Témis en el templo,  
 ¿ Qué corazón no arroja en la balanza  
 Lágrimas que la inclinen ácia el réo ?

Dulce instinto à gemir nos amaestra ,  
 Y á sentir como propio el mal ageno.  
 ¿ Qué más ? la narracion de un infortunio  
 Básta á cubrir al corazón de duelo.

Llorámos de Moisés el abandono  
 Por Pusino expresado sobre un lienzo ,  
 Eufrátes nuevo do en su cuna gime.  
 Llorámos de Danloux ante el porténto  
 De su hermosa Vestál, en flor y vida  
 A la tumba abrazada descendiendo  
 Por la Piedad, que al par inspira llanto  
 De su dolor , que olvido de su yerro.

La Piedad, de su Autor noble trasunto,  
 Revéla al hombre el ínclito misterio  
 De su celeste origen. Maldecidos  
 Por siempre lloren los inicuos pueblos  
 Que hoi , y ante nuestros ojos, inmoláron



La Compasion , por manos del vil Miedo.  
 Áras á la Piedad consagró Aténas;  
 Y el aváro Interés pagó contento  
 Usuréra oblacion á sus Auspicios. (1)  
 ¿Qué no debe el mortal á tus desvelos,  
 Oh deidad? Tú las artes nos inspiras;  
 Tú endulzas las costumbres; y el venéno  
 Del Vicio lábas con tu llóro santo.  
 Sí. De tu vóz melósa el puro acénto  
 ( Más fuerte que los pactos y las leyes )  
 Sacó á los hombres de los bosques yérmos  
 A juntar sus hogáres en la Aldéa.  
 Semibrutos en ella, y semidéos  
 Do quier de la Natura, que adoraban,  
 Un mismo valladár ligó los techos  
 De todos, y una misma lei las almas.  
 Contra comun pobreza y comun riesgo,  
 En propiedad comun se convirtieran  
 Hondas, industria, pastos y alimentos;  
 Como el terror y la comun vigilia  
 En plácida quietud y blando sueño.

Poco tardó Fortuna, injusta siempre,

(1) Véase la nota primera al fin del Discurso.

En romper la igualdad de los derechos  
 Separando las clases. Vióse al rico  
 Distinguido del pobre. Tembló el siervo  
 Ante el señor. Mas, nueva Providencia,  
 Súbito la Piedad dictó el remedio.  
 En la colmada Tróx su mano misma  
 De la porcion del pobre hizo descuento.  
 Inspiró mansedumbre al poderoso:  
 Al váno caridad. Logró á su ruego  
 Hacer amable al tétrico Infortunio,  
 Mezclando llanto dulce, á llanto acérbo;  
 Y á la Bondad colmando de ventura,  
 Interés y Virtud puso de acuerdo.

Tál órden dió el Criador al bajo Mundo.  
 Cede ¡óh mortál! á Su querér suprémo.  
 Escucha á la Piedad, y el mismo daño  
 Que alivies, acreciente tu provécho.  
 Fuerza á que te bendiga al desgraciado,  
 Y hazlo feliz, si tú pretendes serlo.

Sed, pues, primer objeto de mis cantos,  
 Vosotros, que poblais nuestros otéros,  
 Vosotros, los que haceis fecundo el campo,  
 ¡De todos propiedad, de nadie dueños!  
 Sí, nacísteis esclavos. Dios lo quiso.



Al formaros de un barro mas grosero  
 No os dió inmortalidad: sois de la tierra.  
 A nosotros la dió: somos del cielo.  
 Mas, pues necesidad juntos sufrimos,  
 Juntos para aliviarla trabajemos.

Nó que rebelde intente mi ternura  
 Violar otro fatídico decreto, (1)  
 Y al anciano de Sámos imitando,  
 Vano declamador, gritar diciendo:  
 «¿En qué os han ofendido, hombres cruéles,  
 «Esa inocente ovéja y su cordero,  
 »Que os ceden su vellon para abrigaros?  
 «¿No os dió á cambio de espinas dulce queso  
 «Y néctar de salud la frugal cabra?  
 «¿Las aves sonoras nó supieron  
 «Vuestra pena calmar en lo escondido  
 «Del bosque inspirador con sus gorgoros,  
 «Mas que el aura fragante deleitosos?  
 «¿Qué os hizo el dócil buei, el compañero  
 «De vuestro afán, de vuestro campo el hijo,  
 «Labrador dél, como vosotros mismos?  
 «¿Y osáis ¡hombres! osáis, junto á la esteva

(1) Véase nota segunda.

«De que le desuncís lustroso el cuerno,  
 «Mientras sediento lame, ensortijado  
 «Con sangre y con sudór, el rojo pelo;  
 «Osáis en pago de esa misma vida  
 «Que su auxilio os conserva, el mortal hierro  
 «Clavarle en la garganta, y su mugído  
 «Escuchar como un plácido concierto?  
 «¿Falta acaso materia á vuestra torpe  
 «Gula ¡oh, más que las fieras, hombres fieros!  
 «Mirad la fruta á que os convida el brazo  
 «Del arbol con su amigo movimiento.  
 «Mirad los tallos que la sávia errante  
 «Por vuestro bien convertirá en venéros  
 «Del licor de los dioses. Ved las mieses  
 «Crecer para saciar vuestros deseos.  
 «¿No os dá la abeja su fragante almívar?  
 «¿La cándida primicia de su seno  
 «Os niega acaso la nutriz novilla  
 «Para templar de vuestra sangre el fuego?  
 «Nó, ¡bárbaros! pues ¡ay! ceded al lóbo,  
 «Al oso y tigre ese festin cruénto  
 «De que Naturaleza se estremece..!!”

Vanos discursos: la habitud y el tiempo  
 (Más que Naturaleza poderosos)



La ley borrarón, ya que no pudieron  
 La queja y maldicion que al hombre envía  
 En el balido y el mugir postrero.  
 Haced los vientres tumbas ¡oh inhumanos!  
 Mueran porque vivais: mas un momento  
 No dilateis su fin á la agonía:  
 Mirad que os lo prohíbe el Sér eterno;  
 Y la Piedad, que resignada aprueba  
 La esclavitud, maldice los tormentos.

Pero, qué! ¿yó, yó mismo no lo he visto?  
 ¿No he visto yó, cargados con un peso  
 Mayor que su poder sobre la hundida  
 Espalda, ensangrentada, y de pellejo  
 Desnuda yá, bufar los animales  
 Bájó el azóte déspota de un necio,  
 Que injusto, motejando su pereza,  
 Castiga la flaqueza de sus nervios?  
 Sí: yo los ví, los miembros dilatados  
 Diagonalmente hincados en el suelo,  
 Faltos de fuerza para echar el paso,  
 Yertos en tierra dár, doblado el cuello;  
 Y aun entonces ¡qué horror! el rudo azóte  
 Caér con nueva rabia encima de ellos  
 Porque no desperdicie la codicia

Los de su esclava vida últimos restos;  
 Y al fin la convulsion de los dolores  
 Prestarles nuevo impulso y vigor nuevo  
 Desuncid vuestros carros ¡hombres duros!  
 Sus hermanos vendrán á socorrerlos;  
 Y aun tú te detendrás para aliviarlos,  
 Caballo del sensible pasagero.  
 El bruto al bruto como el hombre al hom-  
 bre

Deben en la afliccion darse consuelo.

¡Y cuánto más inicuo todavía  
 Del justador ginete el torpe dueño  
 Que lo enflaquece adrede porque pueda  
 De palenque á palenque, bajo el peso.  
 Y el látigo y la espuela del galáno  
 Yoquéi, partir, llegar, y quedar muerto!  
 Horrendo alarde del humano orgullo!  
 ¿Y se vé sin rubor? ¿Y hay quien al reto  
 Bárbaro asista sin llorar, mirando  
 Dos brutos inocentes compitiendo,  
 Sin ira ó gloria, à recibir la muerte  
 O darla? ¿Y para qué? para que enhiesto  
 Sobre el cadáver, dándose á sí el lauro,  
 “Venci” grite el estólido mancebo,



Y arrebaté la apuesta ambicionada . . .  
 De infame honor , infame emolumento !  
 En mi amada Albión , patria benigna  
 Del bruto justador , tomad ejemplo .  
 Ella os enseñará de cada raza  
 A distinguir y respetar los fueros ;  
 A cultivar su instinto , y desvelarse  
 Por su felicidad . Ni mas fraterno  
 Brilla el amor con que á los suyos nutren ,  
 Y acarician , y abrigan en sus lechos ,  
 Esas hórdas :: selváges , no inhumanas .  
 El bruto es grato , y ríndese al obsequio .  
 ¿Quién no le ha visto , al resonar apenas  
 La trómpa , mas veloz que los deseos  
 De su señor , y con su albágo ufáno ,  
 A su voz , sin azote , espuela ó freno ,  
 Partir , volár , llegar , pasar la meta ,  
 Volver , pararse , y con mirar soberbio ,  
 Y pisar redobiado sobre un punto ,  
 Celebrar la victoria de su dueño ?

Prudentes emplead don y castigo :  
 Sentir favor y agravio es el primero  
 Instinto de los brutos : su venganza  
 No es menos fiel que su agradecimiento .

Y los maltrata el hombre ! El que su propio  
 Mal llora , rie así del mal ageno !

No tú , virtuoso Hogarth ! tú cuya pluma  
 Trazó la historia y triste monumento  
 De la suerte infelice de los brutos .  
 No tú , de quien bastára á hacer eterno  
 El nombre la expresion del aldeano  
 Que la cólera de otro reprendiendo  
 Contra el asno paciente , solo exclama :  
 « ¡ Tú no has oido á Hogarth , hombre  
 perverso ! » (1)

Hagámoslos en fin nuestros sirvientes :  
 Pero no nuestras víctimas . Entre ellos  
 Será el primero que mi Musa cante  
 Ese noble animal , norma y portento  
 De amor y gratitud , que desvelado  
 Noche y dia , celoso ganadero ,  
 Nuestros rebaños une , y guarda , y guia ,

(1) El sensible pintor Hogarth se dedicó á representar , en una serie de escenas preciosamente grabadas , todos los padecimientos y males que causa á los brutos el hombre . La exclamacion con que acaban estos versos debia ser “ ¡ tú no has visto los grabados de Hogarth ! ” pero por desgracia nuestra , hubiera sido ridicula en boca de un aldeano español , á quien pudiera responder el otro : “ ¿ Y tú , qué has visto , majadero , ? ¿ hay en tu casa laminas ? ”



O defiende cual propios los hijuelos  
 De su pastor dormidos en la choza  
 Si sorprenderla intenta el lobo hambriento;  
 Can fiel! en cuya inmovil moribunda  
 Mirada recibimos el mas tierno  
 Saludo, y el adios mas amoroso!

¡O tú, el que diste ya tu último aliento  
 De tu Real Señora (1) entre los brazos;  
 De su abandono y su horfandad consuelo;  
 Tú, cuya boca alzaba la cadena  
 Que arrastraba su pie; tú del postrero  
 Adios del puro adolescente hermano  
 Triste y único don! Cuando el adverso  
 Querer de inexcrutable Providencia  
 Permitió que el anárquico gobierno  
 De su dulce hermanita lo apartase  
 Para sumirlo triste en un horrendo  
 Calabózo, sensible la legara  
 El solo sér que en todo el universo  
 Reconocer pudiera por amigo.  
 Y aun este amigo, (¡oh del divino genio

---

(1) Hija de Luis XVI; hoy Duquesa de Angulema.  
 Véase la nota tercera.

De la Piedad inspiracion potente!)  
 De sus mismos feroces carceléros  
 Fue voluntario dón, que la justicia  
 A la inocencia tributó del preso.  
 Ay! yó, que proscibí los funerales, (1)  
 Por vana afectacion, con que los restos  
 Suele honrár de algun bruto grato el hom-  
 bre,

Ínjusto entonces fuí, y hoy me arrepiento.  
 En un mármol que cubra tus cenizas  
 Mi mano misma grabará:

«FIDELIO

MURIÓ LEAL EN ESTE SIGLO INGRATO!  
 SIRVA A LOS HOMBRES DE RUBOR Y EJEMPLO.”

Ni junto al cán de Prócris celebrado  
 Se ostentará tu humilde mausoléo.  
 Del noble Poniatowsky y de su tierna  
 Hermana los jardines serán templo  
 Do se acaten tu sombra y tus cenizas.  
 Al lado allí de un límpido arroyuelo  
 Bordado de amarilla siempreviva,

---

(1) En el poema titulado Los Jardines.



(Triste y perenne como tu recuerdo)  
 En bosquecillo lóbrego escondido ,  
 TERESA amable , de los Reyes nuestros  
 La pura huerfanita , irá à llorarte:::;  
 Si es que lágrimas quedan en su seno.



NOTAS

AL DISCURSO PRIMERO.

NOTA PRIMERA, pág. 10 verso 2.

« Aras à la Piedad consagró Atenas »

Hylos hijo de Hércules y de Deyanira, perseguido por Euristhéo, se refugió à Atenas, donde en honor de la Misericordia, ó la Piedad, edificó un templo que los Atenien- ses declararon por asilo inviolable para los desgraciados y aun para los reos.

Representaban à la Piedad los antiguos bajo la forma de una hermosa y blanquísi- ma Matrona, con un ramo de incorrupti- ble cedro en la mano derecha, y el brazo izquierdo extendido y levantado en ade- man de ofrecer amparo. A sus pies habia una Corneja, animal que, segun Horo Apo- lonio, reverenciaban muy particularmen-



te los egipcios, como el mas propenso de todos á la compasion.

Largo tiempo fueron sacros los altares de esta Divinidad en Atenas, cuyos habitantes, indispuestos entre sí casi de continuo, acudían tambien con igual frecuencia á este templo para reconciliarse. “La vida del hombre (dice Pausánias) está tan «sujeta á vicisitudes, reveses y necesidades, que la Misericordia debe ocupar el «primer lugar entre sus divinidades tutelares. Todos los hombres y todas las naciones deberían ofrecerle sacrificios, porque todos y todas tienen igual necesidad «de ella.”

Todavía fue virtud la Piedad despues de dejar de ser adorada como Diosa. Pero la corrupcion de las costumbres acabó tambien por sofocar sus dulces influencias, como habia destruido su culto.

Los Estoicos, que se atrevieron á sostener como un principio filosófico que la compasion no es otra cosa que una flaqueza del ánimo, eran á lo menos consecuen-

tes en su doctrina; porque, en efecto, si segun ellos el *dolor no es un mal*, claro está que la compasion que causa es un sentimiento no solo inútil, sino impertinente y evitable. Pero la secta de los estóicos era poco numerosa; y la mayor parte del género humano no dejó nunca de considerar el *dolor* como un *mdl.* ¡Y sin embargo ha podido abandonar el culto de la Compasion!

NOTA SEGUNDA, pag. 12. verso 7.

«Nó que rebelde intente mi ternura  
«Violar otro fatidico decreto.” &c.

Pitágoras introdujo en Grecia y en Italia el dogma de la *transmigracion de las almas*, en que le habian iniciado los sacerdotes egipcios, quienes verosimilmente lo habrían recibido de la India; pero esta doctrina no fue adoptada en Italia mas que como una hipótesis ingeniosa. Aun los poetas mismos, á quienes la idea de la *Metempsicosis* debía surtir de muchas imáge-



nes agradables, no se dignaron hablar de ella. Lucano solo la nombra para llamarla *mentira plausible, y propia para borrar las imágenes de la muerte*; y los filósofos no la creían, puesto que el mismo Pitágoras sacrificó cien bueyes para celebrar su descubrimiento del cuadrado de la hipotenusa.

Menos propio era todavía este dogma para lograr aceptación en Europa que en el Indostán; porque como en las riberas del Ganges la naturaleza ofrece espontáneamente al hombre cuanto en realidad necesita, lo hace esencialmente sóbrio; siguiéndose de esto que, por lo mismo que prefiere las frutas y legumbres á las carnes, profése mayor respeto á los animales; y así es, que esta creencia se ha conservado hasta hoy sin alteración en aquellos países. Los indostanos tienen todavía sus solemnidades y ceremonias en honor de los animales. Los Brámas celebran una fiesta dedicada á las vacas, que llaman el *Póngól*. Adoran también al *dios de la virtud* bajo la forma embleática de un buey; y compa-

decen á todo animal, por vil que sea, considerándolo como partícipe de la humanidad por efecto de la transmigración de las almas. Diferentes viajeros refieren que todavía en el siglo pasado se veían en Surat hospicios para las pulgas, chinches &c.; y aun habla también de una secta de indios que hay en el reino de Golconda, la cual profesa tal horror á la sangre, que se abstiene de comer cebollas solo porque esta legumbre contiene ciertos filamentos que semejan de algun modo las venas del cuerpo animal. El autor de la historia de Missora refiere que durante la hambre que en 1774 affligió á Bengála y dió la muerte á más de tres millones de habitantes, se resignaban á morir los indios antes que á probar la carne. “En medio de tan lúgubre y espantoso espectáculo (dice el mismo autor) una cosa excitaba todavía, si es posible, mas admiración que lástima, á saber: la imperturbable constancia de los indios en no aceptar ninguna especie de alimento animal, y en soportar todas las angustias de la



agonía, despreciando serenos el para ello.  
 «ilícito remedio; de suerte que puede de-  
 cirse propiamente que en este naufragio  
 «de la humanidad no sobrenadó otra cosa  
 »que la Religión.»

NOTA TERCERA, *pág. 18. verso 8.*

«¡O tú, el que diste ya tu último aliento  
 De tu Real Señora entre los brazos.» &c.

La joven María Teresa llevó consigo cuando la sacaron de la prision llamada *el Temple* un perrillo que su hermano el Del fin la habia regalado. Este fiel compañero de sus infortunios murió á su vista precipitado casualmente desde un balcon del palacio de Poniatowski en Varsovia en 1801.

El príncipe Poniatowski, que por aquel tiempo habia recibido en su casa con grandes miramientos á la familia real de Francia, determinó elevar en sus jardines un monumento en honor de este animalillo, que podria recordar á la posteridad ideas no menos tiernas que sublimes y espanto-

sas. El rey prófugo Luis XVIII escribió entonces una preciosa carta á Delille para que compusiera la inscripcion de este monumento; y el poeta, que se hallaba á la sazón en Inglaterra, (tambien emigrado) la hizo inmediatamente; pero quiso la desgracia que la *potica* de Bonaparte, yá en aquel tiempo apoderada de una gran parte de la Alemania, interceptáse en Baireuth los versos y la carta del autor.

No parecerá inoportuno que aprovechemos esta ocasion de citar aquí algunos ejemplos de fidelidad dados por los perros en los calamitosos dias de la revolucion francesa. En un libro publicado en 1796, se dice lo siguiente acerca del último de estos animalillos que habia pertenecido á la Reina.

«La desventurada María Antonia conservaba en su prision del *Temple* un perrillo que habia criado de chiquito, el cual la siguió cuando la trasladaron á la *Consergeria*; pero los carceleros no le dejaron pasar de la puerta del calabózo. Allí esperó en vano;



gimió, rogó, si así puede decirse, á todo el que abría la puerta; y al fin estableció allí para siempre su residencia, á pesar de la persecucion, amenazas y aun golpes de los gendarmas, permaneciendo así fiel y á la mayor inmediacion posible de su señora, superior á los influjos del miedo y aun del castigo. A las horas en que el hambre ó la sed lo apremiaban se dirigia á las casas mas inmediatas, en las cuales hallaba siempre remedio á su necesidad; y en seguida se volvía á la puerta de la prision, de donde no faltó jamas dia ni noche. Muerta despues en un cadalso la ilustre María Antonia, su pobre perrillo (que ha vivido hasta 1795) conservó inalterable su costumbre, sin haber querido nunca darse á otro amo, como lo testificaron los vecinos inmediatos de la *Consergeria* que lo socorrian, y no le daban otro nombre que el de *el perro de la Reina.*"

A un vendedor de carnes condenado á muerte le siguió su perro hasta la plaza de las ejecuciones, (llamada entonces de

la *Concordia*!!) donde permaneció al pie de la guillotina mirándolo de hito en hito hasta que vió caer la cabeza. Buscándola entonces desatinado, y no pudiendo hallarla, viendo que se retiraba el carro que le habia conducido lo siguió hasta la puerta de la *Consergeria*; y desde entonces durante mucho tiempo no dejó un solo dia de venir al mismo sitio y en la misma hora para acompañar de ida y vuelta á la plaza el carro de las víctimas.

Dos niños, hijos de M. D... iban diariamente á verlo á la puerta de la misma prision, donde no llevaban otro guia que el perro de su casa, que les servia de Mentor. Este cuidaba de su seguridad, alejaba todo animal que pudiera amedrentarlos, los mantenía unidos, los empujaba para apartarlos de los carruages, se adelantaba y les abria paso, ú embarazaba á los que pudieran estrecharlos, y finalmente los volvía á su casa del mismo modo, sin que en tantas repeticiones de peligros y dificultades les sucediera nunca el mas



leve contratiempo. (Téngase presente que la industria y arte de cultivar el instinto de los perros, ó llámese de educarlos, ha llegado en algunos países á un grado de perfeccion que no exige menos que verlo para poderlo creer.)

Pudiéramos citar otros muchos rasgos de fidelidad é inteligencia de los perros. Ya se ha pensado en componer una historia moral de los animales durante la revolucion francesa; pero quizá hubiera sido demasiado injuriosa para el género humano. Por lo que hace á la historia particular del perro, ya se ha mezclado muchas veces con la de los hombres. El mismo Homero que cantó á los Dioses, y celebró las proezas de Aquiles, no se desdenó de hablar en la Odiséa del perro de Ulises, que fue el primer viviente que reconoció á su amo. La Sagrada Escritura hace tambien mencion del perro de Tobías.



## DISCURSO SEGUNDO.

*La misma virtud ejercitada con los sirvientes libres. Con los Esclavos. Con los parientes.*

Objeto de piedad, si nó más justo  
Más noble, la amorosa Providencia  
Al hombre dà en su igual, no yá su esclávo.  
De vosotros diré: los que la agena  
Casa habitais, sin amistad ni deudo,  
Por una humilladora recompensa  
Con honrado sudor santificada;  
De vosotros diré: : : Nó que indiscreta,  
Proclamando igualdad contraria al orden,  
Romper mi musa intente la cadena  
De séres, que en el átomo termina,  
Desde el Omnipotente, en quien comienza



Mas no por éso, prósperos mortáles,  
 Intenteis contristarlos, y la acérva  
 Memoria, harto indeléble, renovarlos  
 De su abyeccion, y vuestra prepotencia.  
 A vuestra voluntad rinden la suya;  
 Os dan su *libertad*: ¿ qué más pudieran?  
 ¿ Con qué compensaréis tal sacrificio?  
 Ah! si en un breve instante la apariencia  
 De esta deidad sagrada bastó sola  
 Mi noble Patria á trastornar; si apenas,  
 Del hierro de sus grillos, el esclavo  
 Espartáco forjó la que en su diestra  
 Brilló libre cuchilla, huyó el Romano,  
 Se sublevó la Italia, y la potencia  
 Vaciló de Pompéyo; si dos veces  
 Inérme el inmortal pueblo de Ibéria  
 Lanzó á los mares, ó estrelló en los montes,  
 Las huestes Africanas y Européas: (1)  
 Ved si grabó profundo en nuestras almas  
 Su siempre invicto amor Naturaleza!

(1) Estos cuatro versos no pueden ser del original, compuesto antes de nuestra revolucion de 1808. Pero ¿ qué español podría registrarlos á la ocasion de hacerlos y dejarlos grabados en un monumento tan digno de la posteridad?

Pues que asi le conviene, sirva el hombre;  
 Mas, no hálle ultráge, en vez de recompénsa.  
 Amos prudentes, mézclése invisible  
 La autoridad á la bondad paterna.  
 Recíproco interés, mútuo contrato  
 La servidumbre y el dominio sean;  
 Y el célo adivinando los preceptos,  
 Decirse no podrá que uno obedezca  
 Ni otro mande. ¡ Oh! cuán placido presente  
 Un tierno corazón lo que deséa  
 El corazón amado, convirtiendo  
 El debér en deleite y conveniencia!  
 ¡ Qué amistad no dá más que se la pide!  
 Mas el que lá Piedad os recomienda  
 Con más ferviente ruego; ¡ ámos sensibles!  
 Es ese anciano servidór, que viéra  
 Y acompañára ante el altar, llorando,  
 Joven, y enamorada, y pura, y bella,  
 La que os dió el sér despues; y entre sus  
 brazos  
 Mientras que descansaba os depusiera,  
 Cuyas canas mojaron vuestros besos;



Cuyo sigilo os evitó mil penas ;  
 Cuya infidelidad , si no inculpable  
 Inocente en su fin , de las paternas  
 Reprehensiones frustrára la justicia ,  
 Declarando por tuyas culpas vuestras.  
 Pagadle ahora , desinteresados  
 Como lo fué su amor ; y pues sus fuerzas  
 Se consumieron todas por vosotros ,  
 Del peso de la edad y las faénas  
 Descargadlo por siempre ; ( ¡ y éste siempre  
 Quizá acábe en la auróra venidèra ! )  
 Honor de vuestro hogar y tìmbre vuestro ,  
 Su senectud inspire reverencia.  
 Si nada puede yá , todo lo quiere ;  
 Y su historia será libro en que aprendan  
 Sus nuevos sucesores á agradaros.  
 Sus sonrisas , sus gestos de impaciencia ,  
 Suprema autoridad tendrán con ellos.  
 ¿ Y tú , cuando yá en fin ni aun esto pueda ,  
 Tú , el resto venerable de sus días  
 Amo ingrato ! darás á la miseria ?  
 En las calles mendigo ha de pararte  
 El mismo que por tí se desprendiera  
 De su pobre salario , y cuando niño

Regalillos de amor dió por respuesta  
 Anticipada á tu pedir continuo ?  
 Nó : la justicia , el mismo honor lo vedan ;  
 Védalo tu interés , ¡ hombre sensible !  
 Monumento en tu hogar es su presencia  
 De antigua gloria , cual antiguo mármol ,  
 Que tu olvidada historia te recuerda.  
 ¿ Le oirás indiferente repetirte  
 De tu niñez las plácidas escénas ;  
 Tu naciente valor , cázas , combates ;  
 El primer desafío en que tu diestra  
 Defendió al inocente atropellado ;  
 Y el pleito en que vencistes , y las fiestas  
 De su celebridad ; y la batalla  
 Famosa , en que la sangre de tus venas  
 Regó el campo y tiñó la tremolante  
 Ganada por tu brazo alta bandéra ;  
 Y luego tus amóres... tu himenéo...  
 Hombre ; de qué te privas ! ; qué enagénas ! ! :  
 Si te es inútil yá , si las deshoras  
 Y el bullicio del pueblo le molestan ,  
 Trasládalo á tu Quinta. Auras súaves  
 Allí respirará que le devuelvan  
 Si nó el vigor el gozo de la infancia ,



Como suele el rocío á la flór séca.  
Alli otra vez se juzgará dichoso ;  
Y el vago recordar de sus primeras  
Sensaciones y amores , duplicando  
Su niñez , llevará lédo á la huesa  
Al que al nacer te recibió en sus brazos ,  
Y muere hendiendo tu existencia.

Ni olvidarán mis cantos á los hijos  
Del Africano sól ; los que por cuenta  
De la tirana Europa fecundizan  
Las dulces Colombiánidas ribéras.  
Si en color desiguales , nó en derechos.  
¡ Blancos ! ¿ qué haceis ? ¿ armarlos con las  
mesmas

Leyes con que pensasteis maniarlos ?  
Léjos de mí , doctrinas indiscretas  
Que con falsa piedad , desanudando  
Los lazos que amarraban á hombrés fieras ,  
( Por crueldades de otro hombre encruel-  
cidos , )

El hierro , el fuego , y la venganza ciega  
Les concedieron , para mútuo daño.  
¡ O triste Haíti ! ¡ ó libertad funesta ! ( 1 )

( 1 ) Revolucion de la isla de santo Domingo,

Huid , desventurados habitantes...  
Los tigres quebrantáron sus cadéas...  
Volcán es cada pecho ; cada brazo  
Negra guadaña que las vidas siega.  
Si el sol vió con horror vuestras crueldades,  
El mismo Robespier hoi , con verguenza  
Y envidia , vé el honor de sus venganzas.  
Védlos. Clavados en las lanzas llevan  
Por estandartes niños moribundos ;  
Y del hórrido ahullido de las tiernas  
Madres al són , cantádo , á compás marchan ;  
Padres , hijos , esposos , muertos ruedan  
Ante sus piés , qué para abrirse paso  
Los apartan , en tanto que vadéan  
Las calles , por la sangre hechas torrentes  
¡ Del mal del mundo la Deidad siniestra  
Pudo así , en solo un punto , entrámbo<sup>s</sup>  
polos  
Al fuego dár , con una misma téa !  
¿ Y qué causa produjo tal desastre ?  
Vuestra sevicia , ¡ oh Blancos ! vuestra acerva  
Condicion , vuestro olvido de las dulces  
Leyes de la justicia y la clemencia.  
Hollásteis la piedad , y perecisteis .



Airóse el Odio. Peroró la Ofensa.  
La Astucia concitó, representando  
Vuestra debilidad, su propia fuerza,  
Despecho, agravios, ocasion, ejemplo,  
Derechos, libertad, gloria, opulencia: :::  
Callád todos; ilusos! Ambos bandos  
Oigan á la Piedad! Cése la guerra!  
Renazca la amistad, y ambos colóres  
Recíproco matiz, no yá bandera  
De agresion muestren, confundiendo en  
una  
Las enemigas razas blanca y negra.  
Mándese y obedézcase sin ódio,  
De la severidad y la indulgencia  
Húyanse los extremos, que al desprecio  
O á la venganza atróz sueltan la rienda.  
Y si es forzoso que el sudor esclavo  
Riegue las Tras-Atlánticas florestas,  
La sávia al menos de la dulce caña  
Pocion de sangre y lágrimas no sea. (1)  
Con grito mas enérgico y mas tierno  
La voz del deudo al corazon penetra.

(1) Véase la nota primera al fin del Discurso.

¿Y escucharás tranquilo su gemido?  
Del pariente infeliz en la presencia  
¿Podrás gozár tus prósperos destinos  
Sin cuidar del alivio de su pena?  
No lo espéres: su sangre es quien te ar-  
guye;  
Y tu remordimiento quien la vénga.  
Cállala en vano la Lei, cuando pronuncia  
Su imperioso querer Naturaleza.  
Ved las ramillas, hijas de ese tronco;  
Una, de pingüe jugo está repléta;  
Otra, sedienta dél, y desecada.  
Véd cuan celoso el jardinero llega,  
Y para alimentar á la indigente  
Tomando lo supérfluo á la opulenta,  
Con fecundante amputacion compárte  
De la sávia nutriz la oculta véna.  
Sí: ¡pariente crüel! tus abundancias  
No son de la incorrupta Providencia  
Graciables injusticias: crimen tuyo  
Son, si atesóras lo que dár te ordena.  
Oye su voz, y tú tambien corrige  
La injusta Lei, ó la Fortuna ciega.  
¿Y quién no gustó yá la fruicion pura



Que causa la Piedra en quien la emplea?  
Tu nombre, ¡ilustre Cándida! grabado  
Con haril inmortal por la discreta  
Musa de Adisson (1), sírvame de ejemplo  
Noble, y de madre huérfana, la bella  
Joven, al triste padre recordaba  
La imagen de su amada compañera,  
Dándole así dos ídolos en uno,  
¡La esposa los sentidos embelésa;  
El hijo irrita la ambición; la hija  
Es en quien toda dicha se concentra;  
Como objeto de amor, nó menos puro,  
Y (¡oh verdad!) de mas fiel corresponden-  
cia!

Modélo de beldad, en quien Apéles  
De la madre de Amor reconociera  
Las perfecciones todas reunidas,  
Que apenas encontrará en mil doncellas;

(1) Célebre literato, moralista y poeta inglés. Este episodio, que Delille imitó del número 449 de su Espectador lo hemos reducido, y quizá torpemente desfigurado; pero debemos confesar habernos hallado sin las fuerzas necesarias para traducir este trozo completo y con la singular amplitud de expresión que tiene en el original, á la cual resiste la nobleza de nuestro ritmo en los versos largos.

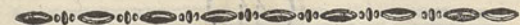
Y amante idolatrada de un mancébo  
Con quien Amor no ha menester sus flechas,  
Cándida, nunca á su adorado amigo  
Quiso rendir la palma en competencia  
Del tierno, adolorido, anciano padre.  
«Mi bien: lloremos (era su respuesta.)  
«Nada te debo á tí, lo debo á él, todo:  
«Tu amor es eleccion, mi afecto es deuda.  
«Mi padre para sí nada me pide:  
«Tú, amante de tí propio, me deséas.  
«De él apartada, yo te amára menos;  
«(¡ Que no hay pasion que engañe á la con-  
ciencia!)

«Mis hijos fueran hijos del Delito:  
«Tú fueras infeliz; y él pereciera.  
«Lloremos: mas lloremos inocentes,  
«Pues cuándo llora la Virtud consuela.  
«Tiempo vendrá.. ¡sacrilega, qué has dicho!  
«Perdónala ¡oh clemente Providencia!»

Así hablára, con éco sobrehumano,  
La joven combatida. Ojalá puedan  
Mis versos conmovér así las almas  
Sensibles de otras hijas como élla.  
Sublime oficio del divino arte,



Eco y aliento de la voz primera  
Que resonó en el mundo desde el cielo!  
De tu eminente gloria y tu nobleza  
¡Arte embelesador! este és el timbre.  
Por tí la Líra sácrata reverencia  
El fiel creyente, y su divino acento  
El eco tódo de los orbes lléna.



## NOTAS

### AL DISCURSO SEGUNDO.

NOTA PRIMERA, *pág. 38 verso 19.*

No se ha querido dar aquí una idea prolija ó cuadro completo de las escenas horribles que vió la Revolucion de la isla de santo Domingo. En este poema, destinado á celebrar las dulces emociones de la verdadera Caridad, no debia amontonarse un número tan espantoso de atrocidades, de las cuales muchas son tan notorias que sería supérfluo el referirlas, y otras tan irritantes que el alma se resiste á contemplarlas. Sin embargo recordaremos únicamente que en la sesion de la Convencion nacional en que se desdobló ante la Francia atónita la inmensa lista de los crímenes de Carrier, un Diputado negro llamado



*Joseph*, admirándose de que por tales acciones se acusase á aquel patriota, dijo en su language chapurrado, con una fria sonrisa: "*Vaya, vaya: mi haber hecho otras bien mejores en San Domingo.*"



### DISCURSO TERCERO.

*A favor de los amigos. De los forasteros. De los vergonzantes. De los infelices á quienes la necesidad arrastra para cometer el primer delito.*

¿Y qué será si un desgraciado amigo  
 Nos dirige su voz? ¡Oh Amistad santa,  
 Tu nombre sólo llena el alma mia!  
 Soy amigo: no quiero otra alabanza.  
 ¿Quién no pagó gustoso tus tributos?  
 No es eleccion el deudo que nos áta:  
 Eslo sí la amistad, que sin cadenas  
 Hace siervas reciprocas dos almas.  
 Bienes, desvélos, prósperas fortunas,  
 Privaciones, y riesgos, y desgracias,  
 Todo es comun, porque es comun la deuda



A que empeña virtud de gloria tanta.  
 Mas, quien no tiene amigo no es amigo,  
 Y en estéril viudéz su virtud guarda.  
 ¡Infeliz quien lo busca, y no lo encuentra!  
 ¡Dichoso yó que hallé jóya tan rara!  
 Yo hallé á Lésbia, la tierna y generosa; (1)  
 Lésbia, la que en los ecos de su hárpa  
 Daba vida á mis versos balbucientes,  
 (Si yá no es más verdad que los dictaba);  
 Lésbia, á quien solo yó no llamé bélla...;  
 ¿Pero, acàso, mis ojos la miráran?  
 ¡Ay! mis ojos murieron! mas ¿qué importa  
 Si Lesbía vé por éellos, y trasláda  
 Al papel los acentos de su amigo?  
 Mi Lesbía, que oscurece vuestra fama  
 ¡Nobles hijas de Milton! los preserva. (2)  
 Si á la de vuestro padre no se iguala  
 Mi Lira, de la gloria de su nombre  
 Tampoco llorará la torpe mancha.  
 ¡Vate estupendo, indigno ciudadano, (3)  
 Milton, fue desléal á su Monarca!

(1) Véase la nota primera al fin del Discurso.

(2) Véase la nota segunda id.

(3) Véase la nota tercera. id.

¡Poéta humilde yó he cantado el mío!  
 Mas nó desemejante en mi desgracia  
 Y ventura con él, el amor puro  
 De una hija adoptiva suple, y cambia  
 En luz, la obscuridad de los mis ojos.  
 ¡Dulce consoladora de mis ansias!  
 ¿Callaré yó, aunque aflija tu modestia,  
 Tus filiales virtudes, que juzgáras  
 Con razon imperfectas reducidas  
 A tu adoptivo padre? No. Callárlas  
 Fuera robarlas al comun ejemplo.  
 Tu padre verdadero aprovechába  
 El fruto de tu noble sacrificio,  
 Tu mezquino salario. ¡Oh cuán sagrada  
 Me fué, virtuosa Lesbía, tu indigencia!  
 ¡Cuánto más respetáble que esas vanas  
 Riquezas, que rompiendo cual torrentes  
 Las márgenes del orden, inundadas  
 Tras sí dejan del vicio las florestas,  
 Do crécen tantos males, culpas tantas!  
 Tu virtud, semejante al arroyuelo  
 Silencioso y fugáz, que se recata  
 Del beso de la flor agradecida,  
 Y riega y nutre con su vena escasa



El huertecillo, ornato de tu choza,  
 Y cual ella obra tuya, y dá abundancia  
 De su misma pobreza, recibiendo  
 Sombra, incienso y corón de las plantas.  
 Tu virtud, digo, que del mismo modo  
 Se ejerce providente, así consagra  
 Los bienes y los males que hace ó curas;  
 Mas ¡ay! que á la Piedad esto no basta  
 Si otros medios le ofrece la Fortuna.

El extranjero errante, el que en su patria  
 Padece ausente del hogar paterno,  
 Te invocan ¡oh deidad! óyelos grata.  
 Ni siempre el infeliz puede implorarte  
 En los átrios, las calles, ó las plazas  
 Tambien tiene pudór el infortunio,  
 Y ante el próspero orgullo se acobarda;  
 Nacen tantas pobrezas de los vicios,  
 Que el justo, con razón, teme á su infamia,  
 Paciente y sólo, en su ignorado asilo,  
 No provóca del vulgo las miradas.  
 Búsquelo, pues, la Caridad agente:  
 ¿Quién busca un infeliz que nó le hálle?  
 Al modo que la suerte de las lidés,  
 Tiene la Compasion sus horas faustas,

Do pierde la Victoria quien las pierde:  
 Velad, justos, si habeis de aprovecharlas.  
 ¿Veis aquel infeliz, que perturbado  
 De un insano furór, huye, se pára,  
 Cláva en el suelo los convulsos ojos  
 Como ante un precipicio que le aguarda,  
 Y súbito prosigue su carrera  
 Con vaga direccion, cargada el alma  
 De un crimen, y la mano de una joya?  
 Es un ladrón: seguidle hasta su estancia.  
 ¡Espectáculo horrible! ¡Oh Dios piadoso!  
 Como en lóbrego bosque la camada  
 De lobos, se descubre allí, desnuda  
 Su inocentilla próle, extenuáda,  
 Yerta, y los ojos del llorar sangrientos.  
 Vedla que ahullando ante sus pies se ar-  
 rástra...  
 Ved á la esposa, inmóvil, que al enjuto  
 Seno apoyando al hijo que la abraza,  
 Con más llanto que leche le humedece  
 Las secas fauces, del gemir llagádas.  
 ¿Veis mas que suelo y técho? nó: ayer mismo  
 Arrancó de la lóbrega morada  
 Un roto banco y un acerbo lecho



De usuréro acreedór la mano avára.  
 Ved al padre postrarse taciturno  
 En tierra , y con estúpida mirada  
 Clavar los ojos en su diestra mano ,  
 Y arrojar por encima de la espalda  
 Con la siniestra el pan , que no ha probado,  
 A los hijos, que sólo entónces álzan  
 Cual gozquecillos las delgadas manos  
 Que de las de la madre lo arrebatan.

Róto su corazon de horrór y péna  
 Escuchad , ¡oh mortales! cómo os habla :  
 «Hombres, que con seguirmehabeis violádo  
 «El secreto del hombre, y la sagrada  
 «Sombra de sus paredes, ¿ qué os obliga  
 •A tal profanacion ? ¿ será la vana  
 «Curiosidad ? pues, bien : mirád ; y oidme.  
 «Ese espectro es mi espósa : esas fantasmas  
 «Nacieron hombres, hijos de esa pura,  
 «No yá mugér , deidad podré llamarla :  
 «Yofuí esposo y padre, hoy yásoi monstruo;  
 «Sucedió la maldad á la desgracia ;  
 «Y cuanto amaba ayér , hoi aborrezco.  
 «Soy ladrón : y el cadalso me reclama.  
 «Sí, hermanos : delatádmé. De la vida

«Quitadme de una véz la odiosa carga,  
 «Dejando así desagraviado al cielo,  
 «Pura la sociedad , la Lei vengada.  
 «¿ Quién sabe ? ¿ Quién lo duda ? ; atróz pre-  
 ságio!  
 «Este, que es hoi ladrón, será mañana  
 «Homicida feróz! ¡ay! libertadme  
 «¡Hermanos! de mí mismo. En esta gracia  
 «Se interesan los séres inocentes  
 «Que me circundan. Libre de la infamia  
 «De ser horrendo albergue de un mal-  
 vado ,  
 «Entrará sin rubór en esta casa  
 «La Caridad , buscando al infortunio”...  
 Y aqui el dolor la débil vóz le embárga.  
 Vosotros , que le oísteis sollozando,  
 Acudid á su auxilio , y de la alhája  
 Sustraida el valór , multiplicado  
 Por los tiernos suspiros que os arranca  
 Trocadle, vuelto yá del parasismo:  
 Prometedle sigílo; la palabra  
 Tomadle de invocáros en la urgencia;  
 Y de santa fruicion llenas las almas  
 Alejaos dél , alegres repitiendo ,



Quien priva un crimen, ¡ cuántas vidas  
sálva!'' (1)

Si en los descubrimientos se complace,  
No sin razon, la diligencia humana:  
Si al uno, interpretár mudas ruinas:  
Si al otro, dar su nombre á la ignorada  
Isla fueron blasón: si el gran Colómbo  
Y Herschél tierras y cielos nuevos hallan,  
Y de inmortal aplauso se coronan;  
Creédme: la mansion de la desgracia  
Descubrid, y tendreis por recompensa  
Gloria eterna, que es más que eterna fama.

Mas, si entre su rumor la populosa  
Ciudad no os deja oír las quejas santas  
Del infeliz, que el muro no penetran  
De su escondida y lóbrega morada,  
Id al campo. En la diáfana alquería  
La voz del padecer suena, y se espacia  
Hasta el éco remoto. La Inocencia  
Mas veces en los campos acompaña  
A la Infelicidad, que en las ciudades.  
Ah! nó que ignore yó, (¡ verdad amarga!)

---

(1) Véase la nota cuarta al fin del Discurso;

Que la maldad del pueblo ha desbordado,  
Y refluido sus corruptas aguas  
En los campos, sembrando hediondos vicios  
Do aromas de virtud antes brotaban.  
La Páz, la Candidéz, el sacrosanto  
Amor del culto, en nuestros tiempos faltan  
Como de las Ciudades, del Aldéa.  
Por todas partes la insolente audacia,  
La ambicion, la inmodestia, la avaricia,  
Déspotas reinan, y en las consagradas  
Selvas, templo de Páz, el ronco estruendo  
Y el fiero estrágo de la Guerra causan.  
¡Oh Campos! vuestro Vate os desconoce;  
No sois vosotros yá los que él cantaba (1):  
¡Quién me dijera á mí que en el aldéa  
Se mezclára algun día á la ignorancia,  
Inocente y humilde, la orgullosa  
Abominable ilustración bastarda  
De esos necios imberbes ciudadanos?  
Que el uno, en tanto que su campo escarda,  
Se mófe del divino sacerdocio  
Aplaudido con risas y palmadas?

---

(1) En el poema del Hombre del campo.



Que el otro hable de Dios y de sus obras  
Como de su ganado y su labranza ?

Que el uno preste á usura, y sepa de *dgio* ?

Que el otro, carnicero, la balanza  
Política examine, mientras deja

Correr á su favór la suya falta ?

Que en trages, desnudéces, torpe Lujo...

¡Ejemplo, ejemplo : cuántos máles causas!

Mas, no son así todos; y consuela

Ver que en diferenciarse se difáman;

Y la pluralidad tiene virtudes.

Muchas mas ocasiones aun os guarda

De ocurrir á su ampáro: el infortunio.

Al industrioso dá las necesarias

Máquinas y utensilios de las artes,

En préstamo ofreciendo disfrazada

La altiva donacion que al mismo tiempo

Que inspire gratitud, ínste á pagárla.

Con prudente artificio el Lujo mismo

Cambiar podeis de profusion iufausa

En caridad plausible, y más sublime

Cuanto menos expuesta á la alabanza.

— Violád la timidéz de la indigencia,

Y sonrósela el dón, nó la demanda,

Cuando en su oscuro asilo sorprendida  
Bése la ignóta mano que la ampára.

En fin, con muy mayor deléite os brinda  
Mas solemne ocasion. He allí que brama

La Tormenta; el granizo entierra el prádo;

Derriba el Uracán las fuertes háyas;

Un incendio, que rayos alimentan,

De Mópso hace cenizas la cabaña;

Y ganados, y granos, y utensilios,

Y domésticas aves que las llamas

En el cercado ahógan: tódo ha muerto.

Mópso fué rico; ya no tiene nada.

No es ficcion: yó lo ví; precíoso ejem-  
plo,

Nó contingencia os canto ¡oh nobles almas!

Yo lo ví; y de Silváno, el generoso,

Mis versos dejarán aquí grabáda

La ingeniosa piedad, y sus efectos.

A Mópso, y su familia desoláda

A su Quinta conduce, y con paterno

Afecto albérge, y viste, y le señala

Ocupacion que su dolor divierta,

Endulzándole así la copa amarga

Del no retribüible beneficio:



Mas , tal placér su corazon no sácia.  
 Con sigilosa diligencia ordena  
 Edificar de nuevo la cabaña;  
 Restablecer el palomár y el horno;  
 Plantar el huerto ; reponer contada  
 La activa poblacion de los corrales,  
 Estábolos y colménas , y la mansa  
 Jumenta, amor y brínco de sus hijos;  
 Alzár fuerte, á nivél, la derribada  
 Cérca; profundizar la ciega noria;  
 Beneficiar las tierras y sembrárlas;  
 De muebles y utensilios , (necesarios  
 Al repóso y trabájo), ornár la estancia;  
 Ensemillar la tróx ; y la cocina  
 Y despensa poner bien abastádas.

Lléga el dia feliz de la sorpresa.  
 ¡Mópsol tú, que avenido á tu desgracia,  
 Piensas morir en triste servidumbre,  
 ¡Qué ageno estás del gózo que te aguarda!  
 Seguindo de su esposa y sus hijuelos,  
 Guiado y obediente á las instancias  
 De Silváno, sus pasos encaminan  
 Al suelo que enterró sus esperanzas.  
 Llégan ; vén ; gritan ; llóran ; miran ; ríen ;

Dudan ; créen en fin, y se desmayan.

Musa, dí tú, (si acáso à los humildes  
 Los mas altos sujétos se compáran),  
 Dí tú, si un tiempo del Troyàno errante  
 La vista hiriera , ó conmoviera el alma  
 Con deleite mayor , la reducida  
 Copia de Ilion , en clima ignóto hallada.  
 Dí cómo los esposos exclamàron  
 Al ver cuantos objetos yà olvidàran:  
 «¿ Tódo existe ? ¡oh gran Dios! ¿ha renacido  
 «Tódo , ó quizà no ha perecido nada?  
 «¿ Es el presente, ó fuè el pasado, un sueño?  
 «¿Tódo sóbra! oh gran Dios!» NÓ: que re-  
 clàma  
 Vuestro menor hijuelo sus juguetes,  
 Y dice que sin ellos tódo falta,  
 Y él sólo no es dichóso::: Razon tienes;  
 Perdona, amor : tú lo seràs mañana;  
 Perdona al que olvidó que la justicia  
 Hasta al niño inocente es necesaria.  
 ¡Bienhadado mortál, justo Silvano!  
 Loór eterno à tu virtud sea dada;  
 A tu eficáz virtud , que mostrar supo  
 De un daño remediable la importancia.



## NOTAS

## AL DISCURSO TERCERO.

NOTA PRIMERA, pág. 46 verso 6.

“Yo hallé á *Lesbia*, la tierna y generosa.”

Esta jóven, llamada Mademoiselle Vaudchamp, no menos recomendable por la fidelidad con que siguió y asistió á Derville en su expatriación, que por el celo con que socorrió durante ella á sus propios parientes, contribuyó con su trabajo y consejos á la composición y publicación de muchas de las obras de su amigo; el cual al fin de sus días le pagó del modo mas solemne que pudo la deuda de su agradecimiento casándose con ella.

NOTA SEGUNDA, pag. 46. verso 15.

“*Mi Lesbia que obscurece vuestra fama Nobles hijas de Milton*” &c.

El exceso de aplicación á los trabajos literarios á que este inmortal poeta inglés se habia entregado desde sus primeros años, lo privó enteramente de la vista siendo mozo todavía; y la ternura de sus tres hijas, (todas de diferentes madres), reparó en lo posible ésta pérdida, la mas funesta de todas para un hombre que cifraba ya su única felicidad en el estudio. Aprendieron, pues, entre todas á leer y pronunciar con perfección hasta ocho lenguas, en las cuales, sin entenderlas, leían á su padre lo que las mandaba, con la misma exactitud y complacencia que si lo comprendieran.



NOTA TERCERA, pág. 46. verso 20.

“Vate estupendo, indigno ciudadano,  
Milton fue desleal á su Monarca.” &c.

Es bien sabido que Milton era uno de los revolucionarios mas fogosos de su época; que fué mucho tiempo secretario de Cromwel; y en fin, que compuso é imprimió en latin en 1651 una *Apologia del asesinato de Carlos I.* Doloroso es á la verdad que semejante hombre escribiese semejante obra; pero aun lo es mucho mas que la refutación que de ella hizo el doctor Saumaise sea tan débil, y sobre todo tan inferior á su argumento.

NOTA CUARTA, pág. 52 verso 1.

“Quien priva un crimen ¡cuántas vidas salva!

Este episodio es un hecho verdadero, referido por M. de Sallo primer autor de

*Diario de los sábios*, y que ha servido de argumento al interesante drama titulado *La Familia indigente*. El distinguido pintor Danloux, acabando de oír recitar estos versos al mismo Delille, se puso á trabajar entusiasmado, y trazó de una sola y no interrumpida tarea, su magnífico cuadro de este asunto, que despues ha sido tan merecidamente celebrado por los inteligentes.







## DISCURSO CUARTO.

*En favor de los encarcelados; de los dementes; de los ajusticiados. Elogio del célebre filántropo inglés Howard.*

Dà, Musa, á más dolor más alto verso:  
Crézca la compasion, pues crece el daño.

De deudos asistido, y en el seno  
De la fiel amistad, no es tan amargo  
El infortunio. ¿Qué dolor resiste  
De una familia agente á los cuidados?  
A los consuelos de una esposa amante?  
De una hija tierna al inocente llanto?

Cantèmos, Musa, al hombre que sumido  
En más profundo horror, vive apartado  
De su esposa, y su padre, y sus amigos,  
Y los auspicios de sus làres sácos,  
La pública justicia, ó la clemencia,

En vil prision temiendo ù invocando.

Vén conmigo ¡oh deidad consoladora!  
Unidos penetrémos de ántro en ántro,  
Hasta llegar al que contiene al hombre  
Mudo, solo, sin luz, y encadenado.

En este mismo instante, ( que él no  
cuenta,

Porque es el tiempo indivisible caos  
Para el que el giro de la luz ignora);  
En este mismo instante en los saráos  
De la corte solàzan sus amigos,  
A sus bellas amantes enlazados.

En este mismo instante en el aldéa  
Al simple agricultor, al artesano,  
(Si yá no simple, honrado todavía),

Y al robusto zagál enamorado,  
La *Quéda* avisa que llegó la hóra  
De darse á los placéres ó al descanso.

¿Y en este mismo instante ese infelice  
A un llorar incesante está entregado,  
Como en la oscuridad del hondo infierno  
Sin mensurar ni duracion ni espacio?  
Sí: allí está, (¡y no le vémos!) contra el  
muro



Inmóble y yerto , descifrando al tácto  
De informes letras el doliente verso  
Que en él su antecesor dejó grabado.

«Al mísero indefenso

«Cobardemente oprime,

«Celebrádo del vulgo,

«El fuerte mientras vive.

«No importa: mortal éres,

«¡Oh enemigo inflexible!

«Tiempo vendrá en que llóres

«Los males que ahora ries.»

Y al terminar la lúgubre lectura,  
Con su propia cadena en el mojado  
Muro , para que un día lo descifre  
Su sucesor , escribe su epitafio:  
«Sacrificóme, débil é inocente,  
«El odio inexorable de un tirano.  
«Yo muero sobre el pólv: mas, tranquilo.  
«El morirá en su lecho : mas temblando.»

Ya se aparta, y la bóveda retumba  
De sus hierros al són acompasádo.  
Su orizonte y su cielo es ese muro  
Y ese techo que toca con las manos.  
Si alza la vista al sól es por instinto,

Cual la brújula encuentra el boreal astro.  
Si un instante la avara clarabóya ,  
O el sepulcral reséjo amortiguado  
De la linterna aléve, que protége  
Del carceléro atróz los cautos pasos,  
Hieren sus turbios ojos , lo deslumbran,  
Y adolorídos , tiene que cerrarlos.

Así le halla la muerte apetecida ,  
La misma Luz, que idolatraba, odiando.

Mas, no sólo cautivos hace el hombre:  
Ni llénan las mazmórras sólo esclávos.

Un deudór insolvente allí suspira.  
De inflexible acreedór el rudo brazo  
Sus grillos remachó , traidoramente  
Su nombre con descrédito manchando.

¡Y es inocente y llóra, hombres sensibles!  
Vuestras sóbras de un día fueran harto  
¡Próceres! á salvarlo, y devolverlo  
A su honor y sus hijos adorados.

Dios, que os mira y lo escucha, á ruego suyo  
En gloria y bienandanza os diera el págo.

Víctima de mortal melancolía  
Ved allí otro infeliz, en quien un rapto  
De desesperacion dejó turbada



La mente. ¿ Y quién le tiene así aherrojado?  
 ¡Es la misma Piedad, que á otros liberta!  
 Temible, no culpable, en sus desbarros  
 Causando males, nó incurriendo en penas,  
 El público interés mandó encerrarlo.

Mas ¡ay! ¿ de qué no abusa la malicia?  
 ¿ Veis ese que á par de él, y al mismo trato  
 Sujeto, yá colérico enmudece,  
 Yá alzando al cielo las abiertas manos  
 Le pide la justicia, que no espera?  
 Pues ese es una víctima, no un fátuo:  
 O, si lo es yá, no lo era el triste día  
 En que aquí le encerró su inicuo hermano.  
 Con apariencia de piedad cubriendo  
 La atrocidad de un interés malvado  
 Le sepultó aquí vivo, y de sus bienes  
 La prematura herencia arrebatando,  
 Hizo negociacion del fratricidio!!

Llegad, almas sensibles, y apiadáos.  
 Dulcificad la suerte de esos séres.  
 Mánes errantes son, que en estos claustros  
 Con leves ilusiones alimentan  
 De un alma sin accion los restos vagos.  
 Delíren de delirios apacibles,

Nó con iras frenéticas, y en campos  
 Elisios, nó en infierno, se conviertan  
 Esos tristes albergues que les dámos.  
 Natura compasiva no los guarda  
 Largo tiempo. ¡Ay, Piedad! guía sus pasos  
 Ácia el reposo, y las opacas aguas  
 Del Léthe héban, antes de pasarlo.

En fin, la celestial Misericordia  
 Hasta al crimen atróz tiende su manto.  
 Para espiár la rástra de un delito  
 Con eficaz remordimiento amargo  
 A veces solamente necesita  
 Un fiero malhechor ser perdonado.  
 ¡Qué admirable es el vicio combatido!  
 La virtud sin contraste no lo es tanto.  
 Ayudad sus esfuerzos, y renázca  
 Su pérdida inocencia en vuestros brazos.

Esa sentina de Albión, la un tiempo  
 Yérma *Botánibdi*, (1) yá bien poblado  
 Distrito de la tierra, ejemplo sea.  
 Lei sábia, de mil crímenes librando

(1) Bahía-botánica, colonia próspera, poblada exclusivamente por reos de destierro, ingleses, admirablemente regida y morigerada por la sabiduria de su institucion: véase la nota num. 1.



La sociedad britana allá conduce  
 A trabajar la tierra á los malvados,  
 Que Natura, Piedad y Fuerza unidas  
 Convierten prontamente en ciudadanos;  
 Al vil, siervo, sin patria, y rudo, haciendo  
 Virtuoso, liberal, patricio, y sabio.  
 Sigán el noble ejemplo las Naciones.

Del calabozo estéril y mal-sano  
 Sáquen al criminal á que indemnice  
 El mal que ocasionó, con su trabajo;  
 Y aun, si el remordimiento le consume,  
 La correctiva gracia obtenga en pago.

Mas ¡ay! si su delito y la vindicta  
 Pública le conducen al cadáso,  
 Acudid ¡hombres de piedad! y escuche  
 Palabras de verdad de vuestros labios.  
 Esperanza y fervór llenen su pecho,  
 Hasta hacerle aceptable el postrér paso  
 Que sálve el alma, abandonado el cuerpo.  
 La celeste Piedad ponga la mano  
 Sobre el pecho contrito; y que él la sienta.  
 Oiga que un Dios, muriendo por los malos,  
 Les dió en herencia su misericordia,  
 Y es un derecho, y deben reclamarlo.

Sepa que el mundo, que adoró, le arroja;  
 Y el cielo, que ofendió, le ofrécé amparo.  
 Lógre, sin codiciarla, amar la muerte;  
 Que es la dicha mayor de los humanos.  
 La voz de los Ministros le consuele.

Cópas apure de contrito llanto.  
 Y caiga al fin en la insondable muerte,  
 Con néctar de esperanzas embriagado.

Sin piedad fuera crimen la Justicia.

Su esencia es caridad, y su conáto  
 Salvár la mayor suma de ventura.

¿Quién, Hovvárd! á este axioma sacrosanto  
 Dará mejor apoyo que tu historia? (1)

¿Qué es el Itaco Rey, ni sus diez años  
 De involuntarios riesgos, y su origen,  
 A tu nombre y los tuyos comparados?

Tú, con mas noble objeto, y con mas fuerte  
 Corazón proseguido, al entusiasmo

De Piedad, no al debér, te abandonaste.

Mares ignótos, montes escarpados,  
 Desiertos de cernidos arenales,

Bajo la zona estéril, de este vasto

(1) Véase la nota núm. 2.º



Pólo extremo, dó muere la Natura:  
 Las regiones de Agár: cuantas el sacro  
 Embléma de la cruz por estandarte  
 Tendieron, y triunfantes adoraron:  
 Dó quiera, en fin, que de afliccion se llora,  
 Parece Hovvard, á tiempo, y no esperado:  
 Justo! ¿buscas deleites, ú oro, ó gloria?  
 Mas ¿cuàndo en las prisiones se encontra-  
 ron?

Cárceles buscas, cárceles do gímen  
 Hombres que necesitan de tu ampáro.  
 Tumbas, en cuyos ángulos el Eco  
 Jamas hiciera de la risa ensáyo.  
 Olvidado del mundo y los placéres,  
 Marcha al són de cadenas, derribando  
 Gruesas trabadas réjas, que hasta entonces  
 La voz ó el sól apénas penetraron.  
 Por negro caracól interminàble  
 Que anuncia los abismos yà cercános,  
 Se sumerge en las sombras, carcomidos  
 Sonóros huesos con horrór pisando:  
 Tesóro que la Muerte allí conserva  
 Hasta el tronár del grito, "Levantàos!"  
 ¿Y qué conduces, bienqueriente Numen?

A veces el perdón, de anuncio fausto;  
 A veces distraccion en la agonía,  
 Que abrevia sus momentos dilatados.  
 Ya alzas los hierros que romper no pue-  
 des.

Ya oyes al infeliz, (que es consolarlo),  
 Y su ruego repites, elocuente,  
 Al graciable si recto magistrado;  
 Ya à veces restituyes el esposo  
 De la doliente esposa al dulce abrázo;  
 El padre al hijo, el hijo á sus amóres.  
 ¡Mortal por la virtud divinizado!  
 Los serafines en el àlmo ciélo,  
 Si nó envidiosos, con alegre pasmo:  
 «¿Quién és el angel nuevo, se preguntan,  
 «Que enviára el Señor á los humanos,  
 «Y á cuya vista los siniestros Genios  
 «Se póstran, maldiciéndole admirados?"

Vuelve: ya es tiempo: ó corazon sublí-  
 me!

Vuelve á tu patria; vuelve á tu descanso;  
 Sé de tí mismo, pues de tódos éres.  
 Págate lo que á tantos has prestado.  
 Goza la libertad, que dár supiste.



Dá tu ejemplo y tu gloria al suelo patrio  
Y de cuantos portentos nos revelas  
Vén á que en tí admirémos el mas raro.



( 73 )  
NOTAS

AL DISCURSO CUARTO.

NOTA PRIMERA, *pág. 67. verso 19.*

*la un tiempo*

*Yerma Botanibá, ya bien poblado*

*Distrito de la tierra."*

*Bahla-botánica* fue así llamada á causa de las muchas plantas medicinales que en ella se encuentran. Descubrióla el célebre navegador Cook, en abril de 1770, y está situada en la costa de la Nueva-Holanda. El clima es sano y templado, y su suelo, de arena húmeda y ligera, bastante poblado de bosques y fértiles praderas. El gobierno inglés designó á Bahía-botánica en 1781 para establecimiento de una colonia que habia de componerse de los delincuentes que, sin merecer la pena de muerte, deben expulsarse de la sociedad. En 1788 llegó á



Bahía-botánica el primer convoi, despues de un viage de 36 semanas. Al principio tuvieron los nuevos colonos muchas dificultades que vencer, ya por la oposicion armada de los indígenos, ya por las escaseces de algunas cosas necesarias.

Todas las relaciones é informes recibidos desde entonces acreditan los felices progresos del establecimiento; y debe decirse en honor de aquellos desdichados, que desde el día de su llegada á este lugar de espiciacion su conducta ha sido infinitamente mejor de lo que podia esperarse. He aquí lo que dice *Jorge Barrington* en sus memorias: "Empecé (dice) á visitar las diferentes clases de pobladores, y á todos los hallé mas aplicados al trabajo, mas respetuosos con sus sobrestantes, de lo que me habia imaginado. Unos se emplean en hacer ladrillos, otros en la fabricacion de habitaciones y almacenes, otros en desmontar y allanar terrenos, cortar y acarrear maderas, formar caminos &c. Otra clase está dividida con des-

«tino á los oficios, y son herreros, caldereros, panaderos, sastres, jardineros, y aun enfermeros. Las horas del trabajo son desde que sale el sol hasta las once y media que los llaman á comer. A las dos vuelven al trabajo hasta que se pone el sol; á cuya hora cesa toda faena al toque de retreta.

«Para estimularlos al mejor cultivo de sus jardines tienen libre el dia del sábado, y se dan premios á los que hacen producir mayor cantidad de legumbres y frutas. Las mugeres limpian todas las mañanas las habitaciones; reunen y lavan la ropa, la componen y la devuelven el Domingo. En este dia nadie puede dejar de asistir al oficio divino, que se celebra á las once, y los sentenciados estan obligados á presentarse vestidos completamente de limpio. Debo notar que su compostura, decencia y aun devocion en el templo sorprenden al que considera lo que han sido antes aquellos infelices.

«A los cumplidos en la condena del tra-



«bajo reparte tierras el gobierno en esta  
«proporción :

«Al hombre soltero. . . . . 30 acres.

«Al casado. . . . . 50.

«Para cada hijo. . . . . 10.

«Los 18 primeros meses de su eman-  
«cipacion sigue el gobierno asistiéndolos  
«de vestuario y manutencion, y les dá ade-  
«mas un surtido completo de cuanto  
«objetos é instrumentos necesita un cul-  
«tivador, con granos para sembrar el pri-  
«mer año. De este modo la mayor parte de  
«los sentenciados se convierten en pro-  
«prietarios, y suelen dar los mejores ejem-  
«plos de virtudes domésticas. No pocas ve-  
«ces se ha visto á un foragido, condenado  
«por los tribunales de Londres, ser juez  
«de paz en Bahía-botànica y administrar  
«justicia con tal probidad, que podría ser  
«vir de modelo á los mismos magistrados  
«que lo sentenciaron.»

Finalmente: ha prosperado de tál mo-  
do este establecimiento, que se piensa tiem-  
po há en formar otro bajo el mismo plan,

y el gobierno busca una isla á propósito  
para ello.

NOTA SEGUNDA, *pág. 69. verso 12.*

«¿ Quién, ¡Howard! &c.

El ilustre inglés *Juan Howard* consa-  
gró toda su vida al socorro de la humani-  
dad doliente. Habiéndose apercebido de  
los abusos que se habian introducido en  
las cárceles de Inglaterra, quiso remediar-  
los; estudió el régimen que se observaba  
en las casas de detencion; presentó sus  
quejas al parlamento, y logró mejorar la  
suerte de los presos. Este primer triunfo  
aumentó su celo, é hizo que diese mucha ma-  
yor estension á sus filantrópicas miras. Re-  
corrió las cárceles de Holanda, Alemania,  
Rusia, Suecia, Dinamarca, Francia, Italia,  
España y Turquía, y puede decirse que no  
hubo un solo calabozo en que no introdu-  
gese á lo menos el socorro de la consola-  
cion. Restituido á su patria publicó el re-  
sultado de sus observaciones, y sus proyec-  
tos; obra que puede mirarse como uno



de los mas bellos monumentos que se han erigido en honor y gloria de la Humanidad. Sus descripciones de las cárceles de todos los países, y las observaciones sobre el número de los réos, calidad de los crímenes &c. son curiosas y filosóficas.

*Hovard*, que no solo visitó las cárceles sino tambien los hospitales de Europa, murió martir de su propia caridad, asistiendo á un enfermo contagiado, en 1790.



## DISCURSO QUINTO.

*Id. De los Hospitales, Hospicios, Inclusas &c. De los heridos en campaña. Conclusion.*

Volémos, Musa, á los lugares sácos  
Do invóca á la Piedad el alharido  
Del Dolor; á esa estancia religiosa  
Donde alegre se humilla el hombre pío  
Al hombre enfermo, y pródigo le ofrece  
Los socorros humanos y divinos.

La Compasion alzó sus fundamentos  
De lustre y solidéz; mas no los hizo  
Incorruptibles. ¡Cielos! ¡Cuantas véces  
Descuido y avaricia reunidos  
Hicieron dellos fétidas cloacas,  
O públicos mercados de los vicios!  
Como leños al fuego destinados  
Allí se apilan muertos sobre vivos.



Allí el convaleciente al moribundo  
 Con la propia cubierta está ceñido.  
 De mortíferos hábitos henchida  
 La atmósfera presenta el parasismo  
 Por síntoma de un mal, de que ella es  
 causa.

Allí, sobre el jergón medio vacío,  
 A veces más que el mal llóra el remedio  
 El paciente Indefenso. Al Homicidio  
 Conduce en la visita la Ignorancia.  
 La sorda indiferencia hace su giro;  
 Recéta; y al Acaso alarga el orden.  
 ¡Piedad! acude, y cése el sacrificio.  
 Distingue y clasifica las dolencias.  
 A ese Arte, más que humano, pide auxilio  
 Que dá segunda vez el ser primero.  
 El desinfecte el aire corrompido,  
 Y al compréso pulmón sácie y diláte.  
 El, al célo y al órden, que sumisos  
 Le escuchan, dé preceptos, tráce ejémplos,  
 El, del Aséo, de ese negativo  
 Tutelár de la Hygiene, el culto imponga.  
 El de la Muerte frustre los designios,  
 O, cuando sucumbiere en la batálla,

Lógre á lo ménos el postrér suspiro  
 Desacerbár con dulce Adormidera.  
 Véase en fin por él restituído  
 A su hogar el feliz convaleciente:  
 Y alegre y débil, vacilante y túbio  
 Como en segunda infancia, ensáye el paso.  
 Cánten ¡ó arte sublime! dulces himnos  
 En tu alabanza Cielo y Tierra: adóren  
 A la Piedad en este santo asilo  
 Indigencia y Dolor; y en fin, acláme  
 El hómbré gráto al hómbré compasivo.  
 Mas ¡Cielos! ¡ó sorpresa! ¡qué siniestro  
 Genio arrebatá y cámbia los destinos  
 De mi adorada Patria? Allí aparéce  
 La Destruccion, del bárbaro Delirio  
 Del Odio precedida, devorando  
 Con indistinto ardór muertos y vivos;  
 Cunas, sepulcros, la Ciudad, la Aldéa,  
 La humilde y pobre Hermita, el alto y rico,  
 Templo, todo lo arrasa y lo sepulta  
 Con su gloria y su nombre en el olvido.  
 Yá desaparecisteis ¡ó sagrados  
 Refugios del dolor, do un celo pío  
 Impuso las riquezas expiadoras



Que ante la muerte le donára el vicio!  
 ¿Dó están esas doncellas venerables (1)  
 Ministros de salud, esos prodigios  
 De caridad que endulzan la agonía?  
 Esas jóvenes tiernas cuyos limpios  
 Corazones jamás al aire dieron  
 De otro amor que el del prójimo un suspiro,  
 Y su salud y juventud consagran  
 A la vejez y al padecer ¿dó han ido?  
 Sus techos arden; yérmos sus salones  
 Resuenan devolviendo el eco tibio  
 Del postrero que espira. Piedad, ¡húye!  
 Cayó tu altar: hundióse el edificio:  
 Las fuentes del socorro vió cegadas  
 El indigente: el indefenso niño  
 Espiró en los umbrales de la vida: : :

Mas ¿qué impensádo, qué celeste auxilio  
 Se ofrece al infelice desterrado?  
 Salve ¡ó tú Sommerstown! del fiel patricio  
 Francés (¡hoi yá sin patria!) noble am-  
 páro. (2)  
 Salve ¡ó tú, madre yá del adoptivo

(1) Véase la nota núm. 1.

(2) Véase la nota núm. 2.

Huérfano que te implóra! Tú que escuchas  
 Bendiciendo tu nombre agradecido  
 Al fuerte veterano de la gloria,  
 Héroe, de nobles héroes pádre é hijo!  
 Tú, templo dó halla el hombre acongojado  
 Al que temió severo Dios propicio!...  
 ¿Quién levantó tus ricos fundamentos?  
 Un pobre humilde, un mísero proscrito! (1)  
 Carrón fue: cuya voz sonó en los pechos  
 Como celeste oráculo, y al grito  
 De la Indigencia vió turbado al Lujo  
 Tributarle profusos donativos.  
 Obra de su virtud es ese témplo,  
 Y él sólo es su riqueza y su ministro.  
 El sólo supo hallar hasta en la estrecha  
 Pobreza algo supérfluo, y la dió arbitrio  
 Para ser bienhechora, consiguiendo  
 Ver por mano del pobre al pobre rico.  
 El bastó sólo á concitar, con dulce  
 Persuasion, del hermoso y compasivo  
 Séxo las almas á las rudas obras  
 De su instituto. ¡O Dios, qué sacrificio

(1) Véase la nota núm. 2.



Recibe déllas la desgracia! Fuertes,  
 Dóman el ásko, arróstran los peligros,  
 La llága enjúgan con la mano misma  
 Que debe coronár de rosa y mirto  
 Al dichoso Himenéo; fortalécen  
 Su amor Fé y Esperanza, y el gemido  
 Del dolor por las Gracias replicádo  
 Si no lo extingue alivia su martirio.

Pero ¿qué acénto desmayado y flébil  
 Resuena sordamente en mis oídos?  
 Ay! ¿Sois vosótro, séres infelices,  
 Del débil crimen víctimas é hijos?  
 Ay! Si en púrpura envuelto y sobre el sólio  
 Mueve á piedad menesteróso el niño,  
 ¿Quién verá sin dolor, precipitados  
 Por un forzóso y bárbaro sigilo  
 En manos del Acáso, esos precóces  
 Hijos de Amor, por el pudór proscritos?  
 Esos que el néctar maternal no beben;  
 Ni el insaciable beso derretido  
 Aspiran; ni jamas lédos sonrien  
 Al grito penetrante de “¡hijo mio!”  
 Ni distinguen á un hombre entre otros  
 hombres;

Ni al amoroso nombre de “hermanito”  
 Despiertan; ni á la tierna hermana abrazan;  
 Y á llevar condenados sin delito,  
 Por padres réos, de su especie el nombre,  
 Cual la bestia feróz, por apellido,  
 Su herencia vén gozar á otro inocente  
 Que, antes de ser, de ser logró el permiso.  
 Nada es suyo ¡oh mortales! en la tierra  
 Si no vuestra piedad: ella es su asilo.  
 Ni arrulladora cuna los espéra;  
 Ni terso lienzo les prepará abrigo;  
 Ni una gota de leche prevenida  
 Les acompaña en el destierro impío.  
 Acudid ¡Justos! Si Naturaleza  
 Delinquiró, la Piedad venga en su auxilio,  
 Y remplace á esos padres que algun dia  
 Derramarán mas llanto que sus hijos.  
 Nuestros hermanos son, y acaso entre ellos  
 Preparan grandes hombres los destinos  
 De la adorada Patria; ¡ay! no se frustren;  
 Y pues que os habla el Pró-comun, oídlo.  
 El perito cultór os dará ejemplo,  
 Que el olmo apoyará reciennacido,  
 Descargará la decadénte enciná,



Y al desmedrado arbusto huerfanillo  
 Que en el egído helado y solo encuentre  
 Para que crezca como en patrio nido  
 Llevará á su abrigado semillero.  
 ¡Legislador prudente! tu benigno  
 Celo y alto debér pródigo supla  
 Al sofocado maternal cariño,  
 Y rescáte esos hijos á la patria.  
 Con las útiles artes, los oficios  
 De mas seguro lucro, compensadles  
 El patrimonio, por su mal perdido,  
 O la dote, que suple á los blasones.  
 De esta suerte Albión vé sus navíos  
 Poblados de animósos marinéros;  
 De agricultóres pródigos y activos  
 Sus cámpos; y sus filas de altos héroes;  
 Así, al daño acudiendo el beneficio,  
 El Pró-común aclama de éstos séres  
 Madre á la patria, padre al hombre rico.  
 Mas ah! si al fin, bájo éstos santos techos,  
 Como en su propio templo, hálla el divino  
 Numen de la Piedad incienso y gloria;  
 Mayor admiracion, nuevo prodigio,  
 Nos dá en otro lugar su culto santo,

Véd ese campo. El hórrido Exterminio  
 Riega sus surcos de fratérna sangre.  
 La Guerra le conduce. Divididos  
 Ejércitos lo huellan, acerádas  
 Espésas filas, al sonóro gríto  
 Del clarín, desplegándo contrapuestas::::  
 ¡Y aun aqui la Piedad hará su oficio!  
 Si ingrátos: de su ampáro el almo cielo  
 Ningun menesteroso encuentra indigno.  
 Márte, el terrible Márte, ante sus áras  
 Se postra á veces trémulo. Ese mismo  
 Que á la necesidad de la victória  
 Da en oblacion sus fuertes escogidos,  
 Y muerte, y robo, y destruccion, ordena  
 Como médios de triunfo, en el conflicto  
 De la lid, tras sus pasos acatáda  
 Conduce á la Piedad. Enternecido  
 La encarga de aplacár el irritado  
 Brázo del Vencedór; y del pagizo  
 Albergue del pastor ser defensora;  
 Y del incendio devoráz, y el vicio,  
 Más devoráz, salvár el templo santo,  
 Y sus vírgenes santas; y al ardido  
 Escuadron que persigue la derróta



Parar tras del turbado fugitivo;  
 Y anticiparse enérgica al confuso  
 Canto de la Victoria, en alto grito  
 Esclamando: "Hombres fieras! escuchádmela,  
 «De Tierra y Cielo mueren maldecidos  
 «Los hombres de los hombres vencedores,  
 «Que en el carro triunfál, de sangre tinto,  
 «Suben, hollando cual ebúrnea grada  
 «Cadáveres, y miembros semivivos."  
 La lucha en fin cesó; de los aceros  
 El chocar; el horrisono estampido  
 Del cañon; y en silencio duerme el Odio,  
 Héla allí la deidad, los restos tibios  
 De los muertos cubriendo de ligera  
 Tierra, y en terso mármol el sencillo  
 Epitáfio grabando enternecida  
 Que los recuerde á los futuros siglos,  
 Al lecho de dolor del trucidado  
 Guerrero vuela, y bálsamo benigno  
 O acéro que en sus manos dá la vida,  
 O vendaje de pródigo artificio  
 E hilas blandas, aplica á las sangrientas  
 Hondas heridas que han de ser testigos  
 De su valor, y de altas recompensas

Título un dia. Allá, en un bosque umbrío,  
 De laurés y palmas circundado,  
 (Recuerdos de gloriosos sacrificios,)

Alza un noble palacio, dó la justa  
 Pública Gratitude ofrezca asilo  
 A esos vivientes restos de las lides.  
 ¡Monumento sublime, no yá hospicio, (1)  
 Que el Séna admira; albergue suntuoso  
 De inválidos franceses! ¡Noble archivo  
 De los britános restos, que los máres  
 A Grenvich restituyen! (2) ¿quién os hizo?  
 La Piedad providente y justiciera.  
 Mas ¿quién podrá cantár con verso digno  
 Tus glorias todas, sacrosanto Numen?  
 Calle la Lira; y más acéptos himnos  
 Dirijate el silencio de tu Váte,  
 Con obras consolando al afligido.

(1) Véase la nota núm. 3.

(2) Véase la nota núm. 4.



NOTAS

AL DISCURSO QUINTO.

NOTA PRIMERA, *pág. 82 verso 2.*

“¿Dó estan esas doncellas venerables” &c.

El célebre instituto de *Hermanas de la Caridad*, (llamadas en Francia *les sœurs grises*,) honor del sexo y del fundador san Vicente de Paul, es la única asociacion religiosa que sobrevivió en parte á la revolucion francesa. (A ella pertenecen las santas hermanas que en 1821 se presentaron voluntariamente en Barcelona á consolar y asistir á los enfermos de la horrosa epidemia que afligió á aquella ciudad.)

NOTA SEGUNDA, *pág. 83 verso 8.*

“Un hombre humilde, un misero próscrito.”

El virtuoso sacerdote Mr. Carron, forzado á retirarse del teatro de la persecucion, en 1792 se refugió á Inglaterra,

( 91 )

y allí formó un admirable establecimiento de educacion para los hijos de los emigrados, con hospicio para los indigentes de ambos sexos, y aun hospital para enfermos é impedidos. Mendigo él mismo, pero sensible y celoso, supo sacar de las escaseces de sus compatricios y de la liberalidad inglesa los recursos necesarios para crear y perpetuar estos prodigios de la caridad cristiana, que admiran todos los viajeros, y confunden á los observadores mas incrédulos.

NOTA TERCERA, *pág. 89 verso 7.*

“Monumento sublime, no ya hospicio &c.”

El palacio de los inválidos, en Paris, construido por orden de Luis XIV.

NOTA CUARTA, *pág. 89 verso 11.*

“A Grenvich restituyen, &c.”

Edificio magnífico sobre las orillas del Támesis, construido de orden de la Reina Ana para alojamiento perpetuo de los marinos de todos grados y clases inutilizados



por cualquiera causa en el servicio. La Policía, la Beneficencia y la Filosofía han apurado todos sus recursos para dár, como han dado, à este establecimiento tal grado de perfeccion, que lo constituye sin competencia el primero de su clase en el mundo conocido.



## ADVERTENCIA.

*Las siguientes reflexiones sobre algunos principios del arte poético, dirigidas á confirmar ciertas ideas poco generalizadas, que acerca de ellos insinuamos en el prólogo de la Enriada, no verían la luz pública, si la experiencia no nos hubiera convencido de que, la general aprobacion que ha logrado este libro, se debe más á su versificacion castellana arreglada exclusivamente á aquellas ideas, que no á la novedad y mérito raro del original, puesto que éste era ya conocido del público por otras dos diferentes traducciones, evidentemente mas literales que la*



nuestra, y que ha desatendido sin embargo.

Así, nos hemos persuadido de que este breve opúsculo puede ser útil á la juventud estudiosa, á su entrada en la carrera de las bellas letras; y nos atrevemos á dedicárselo.

---

## REFLEXIONES

sobre algunos puntos de crítica poética contenidos en un artículo del Censor número 82, página 292.

---

“No hemos debido omitir nuestras reflexiones, porque pueden servir para aclarar este punto de literatura poética.” Censor número 82, página 292.

---

El ilustrado y benévolo autor del artículo sobre que vamos á escribir, y del cual hemos tomado el epígrafe de estas reflexiones, nos favoreció en él con tales elogios, que la sola gratitud que por ellos le debemos bastaría para atarnos las manos, si pudiéramos querer impugnar las doctrinas



generales expuestas por él en aquel erudito artículo; pero justamente la misma conformidad que reconocemos entre nuestros principios y los suyos, y la identidad de nuestro común interés, que no es otro que ilustrar, según el alcance respectivo de nuestros esfuerzos, la teoría del arte poético en puntos todavía problemáticos, ó quizá de ningún modo tratados hasta ahora, nos dá el aliento necesario para ponernos en frente de nuestro docto crítico, nó á contradecirlo, sino á ofrecer de nuevo á su exámen y mas detenida decisión nuestro modo de pensar sobre algunos de los puntos tratados con tanta maestría en dicho artículo.

Distínguense dos clases de reparos en él; la primera consiste en ciertas frases que el autor destierra de la poesía, calificándolas de prosaicas; la segunda en la inoportunidad ó sea *indignidad* que se atribuye al romance endecasílabo con asonante para la epopeya, y la impugnacion que se hace de algunas ideas de nuestro prólogo de la Enriada.

da. Y este será el mismo orden por el cual discurrirémos en las dos partes sucesivas de estas reflexiones.

## § I.

Nota el autor del artículo *escasez suma de grandes periodos poéticos y falta absoluta de grandilocuencia* en nuestra traduccion de la Enriada; bien que atribuyendo uno y otro á defecto del original. No hablarémos de éste, porque lo consideramos en todo lo concerniente á language como de tan distinta naturaleza respecto á nuestra traduccion, que no sufren ser comparadas entre sí. Pero hablaremos de ésta, porque siendo nuestra opinion que en ella abundan notablemente los *grandes periodos poéticos* y la llamada *grandilocuencia*, es claro que comprendemos de diferente manera que nuestro crítico la esencia y estension de estas dos ideas, y es preciso que uno de los dos esté sobre esto equivocado.

Como la negacion supone definicion, el



autor del artículo no tuvo para qué decirnos, ni nos dijo, que cosa reconocia por *gran periodo poético*, ni por esa *magnilocuencia*, que (segun añade) *admira en nuestros buenos poetas*. A nosotros pues nos toca dar *definiciones y ejemplos* de lo que entendemos bajo esos dos nombres.

Y decimos: primeramente, que el *gran periodo poético* es á nuestro entender una cláusula en verso, de considerable duracion, y en la cual se contenga una idea importante, expresada con voces nobles y claras, de vária extension, sonidos y acentos, distribuida en frases, tambien diversas entre sí en tamaño, y terminadas *precisamente* por la que encierra la parte mas interesante, ó el complemento de dicha idea.

Para confirmar nuestra definicion (y si ella es exacta dejar probada la equivocacion que pudo padecer nuestro respetable crítico,) no debemos sacar los ejemplos de otro idioma que el español, ni de otro libro que la *Enriada*. El siguiente trozo presenta tantos, que bastará á satisfacer á

los lectores que no quieran registrar todo el poema, donde les aseg ramos que no hallarán una sola página sin algun ejemplo notable de este género.

«Allá en la Eternidad inconcebible,  
 «Antes de dar al tiempo su principio,  
 «Entre un pielago de áureos resplandores  
 «Que llenan el Espacio indefinido,  
 «Fijó el Señor su indestructible tróno.  
 «El cielo es su tapéte. El infinito  
 «Ejército de estrellas que lo esmaltan  
 «Celebran el poder de quien las hizo.  
 «Omnipotencia, Amór y Entendimiento,  
 «Constituyen su Sér, Unico y Trino.  
 «Sus santos, en su paz imperturbable,  
 «En deleite inmortal embebecidos,  
 «Saciados de su gracia y de su gloria,  
 «Le dirigen de amór émulos himnos.  
 «Millones de impalpables serafines  
 «Revuelan á sus pies, fieles ministros  
 «De la suerte al mortal predestinada;  
 «A cuya voz tonante ven los siglos  
 «Borrarse las Naciones, y las razas



«De sus Reyes sumirse en el olvido,  
 «Tal vez ¡qué errór! tachando de sevéros  
 «De su libre Hacedor los altos juicios.  
 «Estos són los que, hollada la soberbia  
 «Romana, consignaron el dominio  
 «De la apacible Italia á las feroces  
 «Hórdas septentrionales; los Elisios  
 «Campos del Léte, y Bétis, y Ebro, y Duero,  
 «Al Agaréno estúpido y cetrino;  
 «Y la altiiva Bizancio al otománo.  
 «¡Qué ejémplos ¡oh dolor! tan instructivos!  
 «¿Qué imperio no redujo el tiempo á es-  
 combros?  
 «¿Qué pueblo sus tiranos no ha tenido? &c.”

Si estos no son *grandes periodos poéti-  
 cos* (propios de la epopéya, no de la oda)  
 confesamos sinceramente nuestra completa  
 ignorancia en este punto; y si en cada pá-  
 gina del poema no se encuentran otros  
 muchos, de varios tonos y grados de su-  
 blimidad, proporcionada á la materia, con-  
 venimos de buena fé en la justicia de la  
 crítica.

La *magnilocuencia*, que como cualidad  
 del estilo es esencial á la poesía, aunque  
 sólo eventualmente conveniente á la prosa,  
 se vé claramente que es la *materia sen-  
 sible* del periodo poético, es decir, del rit-  
 mo ú *movimiento melódico* del habla y de la  
 sonoridad que puede llamarse *armónica*  
 por la rápida sucesion de varios sones que  
 se hacen percibir por el oído casi simulta-  
 neamente en cada palabra. Los Griegos,  
 aun en la música, entendian por armo-  
 nía la *sucesion melódica* de los sones tetra-  
 córdicos, y nó como los modernos la *simul-  
 taneidad*. La razon y la exactitud de ésta  
 idea se percibe clarísimamente haciendo  
 una simple reflexion, y es ésta: ¡cuán dis-  
 tinta, ó á lo menos cuánto mas vehemente  
 impresion, causa en nuestro oído la succe-  
 sion velocísimamente pronunciada de una  
 série de entonaciones sábiamente dispues-  
 ta, que nó la prolongada duracion de cada  
 uno de los mismos sones, articulados ora  
 por el canto, ora por el tañido de algun  
 instrumento! Es ésto tan evidente, que de



ello ha nacido el uso, y aun abuso, de lo llamado por los italianos *bravura* y por nosotros *ejecucion brillante*, con que los músicos procuran y logran agradar mas vivamente á su auditorio. Pues: la causa de este aumento de placer no dudamos nosotros afirmar que se descubre en la *aproximacion* á la *simultaneidad* que dá la rapidez á la sucesion de los sonidos, los cuales conmueven mas agradablemente al oido por la *nó-interrupcion* perceptible; del mismo modo que el agua deleita mas al sediento paladar bebida de una vez que no á sorbos. Pero, como todo lo violento dura poco, cuidan los músicos de no fatigar al oyente; y deben los poetas hacer lo mismo. De aquí la imperiosa necesidad de compartir las obras largas en fracciones cortas, y de intercalar estas mismas fracciones con trozos *menos efícdes* que dejen reposar la sensibilidad del lector, para recibir despues con anhelo y con perfecta actividad de percepcion los lugares fuertes de la composicion. El lector que puede leer de una vez mas de

veinte páginas de un buen poema, ciertamente no ha saboreado sus bellezas; en una palabra: no lo ha entendido.

Asi, diremos sin vacilar que donde hay *periodo poético* hay necesariamente *grandilocuencia*; por que nada existe sin su materia propia.

Recordaremos aquí, aunque á alguno pueda parecer inútil, que el *periodo poético* en la Lirica es bastante diferente del de la Epopeya, para que no fuera ridículo el que comparase á Homero con Píndaro, ú Horacio con Virgilio. En esto insistiremos en la 2.<sup>a</sup> parte con ocasion de hablar del metro castellano mas propio para una *obra larga, grave, narrativa, escénica y variada*, como llamamos á la epopeya en el prologo de la Enriada. Entretanto diremos que el *os magna sonaturum*, que nuestro crítico echa de menos en la Enriada, no es otra cosa que la *grandilocuencia*, que como hemos visto existe siempre donde hay *periodo poético*.

No hubiéramos dicho esto si no temie-



ramos que el trozo de nuestra traduccion que dejamos citado pudiese quizá parecer prosaico á algun lector de los que se hallen preocupados de la vaga inteligencia que algunos de nuestros modernos han dado al *os magna sonaturum*, creyendo practicarlo con la *explosion y sucesion de los rónco*s rimbombos del són, como expresion del ore rotundo (1) de Horacio, ú imitacion del *gemitumque dedere cavernæ* de Virgilio.

Réstanos citar algunos ejemplos de *grandilocuencia* de la Enriada, (donde creemos que abundan), y vamos á hacerlo sin escoger entre los mas notables,

Con cuánto menos arte el desgraciado  
Mortál buscaba y daba en otro tiempo  
La muerte en los combates, cuando al brazo  
Mas airádo bastaba un simple acéro!  
Y ¡cuánto más feróces son sus hijos!  
Con industria infernal róban al cielo  
El ígneo ráyo que en los aires silva,

(1) Obsérvese que Horacio habla aquí de los Griegos y por consiguiente de su lengua.

Parábola encendida recorriendo  
De la trinchéra al muro, en férreos glóbos  
De muerte henchidos, de fragór é incendio.

En ellos, encerrada y comprimida  
La elástica expansiva accion del fuego  
Que al salitre devóra de aire hambrienta,  
Rotándo vuelan la prision y el présó,  
Y al dar en tierra, en explosion tonánte,  
Miles de muertes lánzan de su séno.

.....  
.....  
Con soterrána excavacion colócan  
Tácito el mixto aleve bájo el térsó  
Engañoso camino, en que se apoya  
La plánta del impávido guerréro,  
Fiádo en su valòr, ¡insuficiente!  
A sus pies rúge de repente el trueno;  
Y, antes de oirlo, léjos yà en los aires,  
Rueda entre escómbros, y ármás, y hú-  
mo envuelto.

.....  
.....



Más velóz que el relámpago la Diosa (1)  
 Hiende ufana del aire el gólfo inménso.  
 El sóplo que despiden sus entrañas  
 Marchita cuanto tóca. Inmundo y séco,  
 Del árbol se desploma el nuevo fruto.  
 La desgreñada mies tapiza el suelo.  
 Se enlobregúece el Eter. Amarillos  
 E inmóviles se osténtan los lucéros,  
 Grúpos de négras nubes rójo el ráyo  
 Rómpe, el profundo valle estremeciendo,  
 Tódo paréce en fin que al hombre dice:  
 »Llegó la destruccion del Universo.»

.....  
 .....  
 Esséx contra Daumal pugna en la brecha:  
 De igual edad entrambos, de igual celo  
 Dotádos, cuales vieran yá los muros  
 De Troya sus antiguos semidéos.

Fiel á honor y amistad, bañada en  
 sangre,  
 Los circunda la flor de sus guerréros.  
 Avánzan, mátan, mueren confundidos

---

(1) Discordia.

El Gálo, el Álbio, el Ibero, el Loréno:  
 ¡Númen, que riges sus horréndas iras!  
 ¡Ministro de exterminio! ¡Angel siniestro!  
 ¿A quien protéges? ¿Contra quien com-  
 bátes?  
 ¿Qué ordéna la justicia de los cielos?  
 Háрто tiempo, agresóres y asaltádos  
 Breve y alternamente, sucumbieron  
 Mayén y Enrique, con sus fuertes bandos.  
 Mas, vence en fin lo justo. Enrique el  
 bueno

Arrólla yá las háces enemigas,  
 Como á menudo polvo arrólla el viento.  
 Cäer se ven del muro, desplomádas  
 Ante él, cual desde el alto Pirinéo  
 Terrénte bája hasta el profundo valle,  
 Ahuyentando las Ninfas, sorprendiendo  
 Rebaño y mayorál, arrebatádo  
 Débiles chózas, róbles corpulentos,  
 Que al lado ruedan de ínclitos peñones  
 En su corriente estrepitosa envueltos.”

Lo repetimos: si no hay grandilocuen-  
 cia en estos versos, nuestro crítico tiene



razon. Pero ¿se nos habrá querido decir acaso, que la *grandilocuencia* está en la emision sonante ó audible de las ideas, y nó en las ideas mismas, independientemente de los medios, yá sonoros yá gráficos, de comunicarlas? Parécenos imposible. A lo menos: si cabe *grandilocuencia* en la emision de ideas absurdas, inordenadas, é insuficientes á persuadir ó conmover el ánimo del oyente, confesamos haberlo ignorado hasta ahora. Pues: decir por lo contrario que cabe expresar ideas altas é importantes con bajas y triviales voces, tambien nos parece erroneo. Porque, no existiendo *sinontmia* en la ideología, es claro que tampoco existe en la locucion, que es su exacta imagen, ó, por mejor decir, su cuerpo mismo. Cada idea, cada accion tiene su eco y su signo gráfico en las lenguas, distinto é inequivocable. ¿Habria *grandilocuencia* en decir, por ejemplo:

»Relanza el grato són del llóro eterno

El hóscó Olimpo al encumbrado Averno”

¿Aquí habria más que un hermoso ritmo, no solamente sin *grandilocuencia*, sino absolutamente mudo, como el son de un instrumento, ó como el de una lengua del todo extranjera para el lector? La observacion de esta útil regla es la que hace disertos, perspicuos, y por tanto útiles, á los grandes maestros del bien hablar en prosa ó verso. La sonoridad es un mero estrépito, sin palabras propias, ideas bellas ó importantes, y órden perfecto. En esto, y no en otra cosa alguna, se diferencia la versificacion de los poetas de la de los versistas. Hacer mil versos cadenciosos pero insignificantes es tan facil y tan disparatado como baquetear sonsonetes en un tambór, y figurarse estár *sinfónicamente* modulando en el magnífico órgano de la catedral de Sevilla. Nombramos á Sevilla, no solo por que somos y nos gloriamos de ser Andaluces, sino porque el nombre de la capital de la Bética es y será



yà para siempre el mas glorioso en los fastos de la Poesia Castellana; y para recordar á nuestro dócto crítico que tenemos en mucho á los grandes poetas nuestros paisanos, á quienes no hemos pensado agraviar, ni hemos excluido, al citar á los Argensolas, Garcilaso y Lope, como dechados de locucion poética; punto sobre el cual discurremos mas adelante. Entretanto y siempre, para ser escritores útiles, seamos justos hasta contra nuestros mismos amigos cuando no podemos callar. Respóndasenos sinceramente: ¿qué valen en el siglo de la razon y del analisis estos y otros versos importunamente célebres de Frai Luis de Leon?

» de aquestos *resplandores* eternals, (1)  
 » sus *pasos desiguales*

---

(1) *Aquí resplandores son los astros mismos, y nó la reflexion de la luz en ellos; idea derivada, y no directa, como deben ser todas las de las imágenes.*

» y en *proporcion concorde* tan iguales. (1)  
 . . . . . »el *reluciente córo* (2)  
 » su luz vá repartiendo y su *tesóro*. (3)  
 . . . . . : . . »comparado

---

(1) *Proporcion concorde, ó no significa nada ó es un pleonismo. Además concór es una cacofonia insufrible. El adjetivo propio seria hoy, como en tiempo de Leon, constante, y mejor perenne. Ultimamente, usar como rima el positivo y el negativo iguales y desiguales, es un desaliño indisculpable, sobre todo en la oda; y ademas sabe d antitesis ridicula.*

(2) *Reluciente coro, por el firmamento, es una figura extravagante, por la inconexion del adjetivo con el sustantivo; amèn de lo cual es tambien obscura, porque solamente despues de meditar que la propiedad del coro es cantar, llegamos d comprender que el poeta quiso recordar aqui el sublime Coeli enarrant.*

(3) *En cuanto al tesóro del córo no podriamos decir nada sin hacer reir; y es mejor que no enseñemos d reir de nuestros mayores; particularmente de éste, d quien deben de juzgar muchos españoles, riquísimo, fecundísimo, y sobre todo sencillo en su mismo artificio, como lo juzga nuestro crítico.*



- (1) » con este gran *trasunto* (1)
- » do *vive mejorado* (2)
- » lo que és, &c.
- ..... » á la bandera
- » que al *aire desplegada vá ligera* (3)
- ..... » la voz al *cielo*

(1) *Trasunto*, significa rectamente copia ó traslado; en *metáfora*, imagen ó semejanza. Háblase aquí otra vez del firmamento ú cielo visible, y solamente al cabo de alguna meditación entenderemos que este *trasunto* es el *trasunto* del seno de la sabiduría del Criador; pero ni con meditación ni sin ella comprenderemos jamás que en él. . .

(2) *vive mejorado* lo que és. Acaso lo entenderíamos si dijera *archivado*; pero para esto hubiera habido que construir de otro modo el verso, á causa de la diferencia de sílabas, y nuestros antiguos se detenían muy poco en la propiedad y menos en la perspicuidad, sin cuyas prendas no hay buena Poesía.

(3) Ir la bandera al aire ligera es expresión vaga. Véase la misma idea en *Lupercio Argensola*

»tienda

»La roja Cruz el viento en la bandera." "

lo cual no olvidamos nosotros en la *Enriada*,

- » confusa y *vária crece*. (1)
- » Quien oyó tu *dulzura*

al decir que *Enrique* sube el primero al *asalto de París*

- »y el primero enarbóla sobre el muro
- »el pendón de la Lis, que extiende el viento.

*Tales desaliños, ó siquier licencias, son imperdonables en una obra larga; risibles en las cortas.*

(1) Al cielo crece la voz, es impropio. La voz puede elevarse hasta el cielo, ó dirigirse al cielo, lanzada y desprendida del suelo, pero no crecer al cielo; porque esto no es *nigramatical* en español, ni verdadero, puesto que crecer desde la tierra hasta el cielo envuelve la idea de un apoyo necesario y permanente; idea absolutamente absurda hablando de la voz ú sonido, lo cual no es otra cosa que una serie de vibraciones del aire rapidísimamente sucesivas y distintas, incompatibles con la continuidad. El que crea que esta crítica es *alambicada* y *pedantesca* debe renunciar á la Poesía; porque sin corrección y perspicuidad todo esfuerzo es inútil para ser poeta. ¿Qué diríamos hoy del que hablando de un sitio de plaza pusiera que el mortero del sitiador, apuntado de abajo arriba, *dispdra* y

»á la explosión el muro se estremece;

»la bomba al cielo crece."!!!



» ¿qué no tendrá por sordo y desventura? (1)

(1) Oír dulzuras, es lo mismo que tragar sonidos. Esta no es prudente audacia; es negligencia, ó acaso excesiva presunción de autoridad. „¿Quién oyó tu dulzura ¿qué no tendrá por sordo y desventura?” La voz sordo se usa aquí por confusamente estrepitoso: significacion que no tiene jamás este adjetivo, por sí solo, sin el sustantivo ruido, ú otro de igual naturaleza. Se dirá que el poeta lo sustantivó, empleandolo como sordéz (nó sordera) ó negacion de sonoridad; en una palabra: silencio. ¿Y que contraposicion hay entre el dulce sonido y el silencio? Lo que convenia aquí era »¿qué no tendrá por disono, ó discordante ó áspero &c. &c. Más confusa é inadecuada es todavía la palabra desventura contrapuesta á dulzura: al notar esto nos ocurre que tal palabra es imposible que se hubiera usado aquí si sus últimas letras fueran otras, es decir, sin la fuerza del consonante. Concluyamos: estos y semejantes versos no son dignos de elogio en el siglo 19. Los Melendez, Quintanas, Moratines, Listas, Burgos &c. no los hubieran hecho. ¿Y deben celebrarlos? ¿No han visto, como nosotros, estos elegantes y correctos Poetas á muchos jóvenes imitar de

Desafiamos al lector despreocupado á que no nos dice que la primera vez que leyó estos ú otros versos semejantes recibió una idea clara por medio de cada palabra, y no tuvo que explicarse á sí mismo las intenciones del poeta. Pues decir que nuestra doctrina tiene *tendencia nada menos que á convertir la poesia en prosa rimada*, como lo piensa nuestro crítico, es, á nuestro juicio, conceder que la grandilocuencia poetica consiste en la confusion y preñez de la frase, y que con ella sea posible penetrar y arrebatarse el espíritu del lector: contrapropósito igual al del que enseñara que Venus en Ída hubiera parecido mas bella con máscara y dominó que desnuda. Decimos pues, que donde el asunto es grande, el hablista puede y debe ser magniloco; en todo lo demas, (como también en ésto) correcto, conciso, armonioso, fluido, y sobre todo perspi-

propósito estos desaciertos? Pues ¿porqué no desengañarlos?



cuo: en suma, que el tono y la modulacion poética es, y no puede dejar de ser, absoluta y exclusivamente dependiente de las ideas. Es menester que nos desengañemos y que corriamos á la juventud preocupada: el tiempo ha llegado en que la razon, la simple elegancia, la fácil inteligencia, sean las prendas principales de un escrito, ora en prosa, ora en verso. En nuestro citado prólogo dijimos en qué se diferencia únicamente lo uno de lo otro. Pensar que para leer y apreciar á un Poeta sea justo y necesario recorrer lexicones viejos, haber malgastado un tiempo precioso en aprender á convertir en buena sintaxis las incorrecciones, obscuridades, alusiones, sentidos forzados por la rima, y otras ridiculeces; pensar esto, decimos, es desterrar la poesía á los gabinetes de cuatro entusiastas, y querer que los pueblos y los verdaderos sabios la miren como un juguete, ó como un guirigai indigno de la Razon y de la Doctrina. Imitémos á los poetas del siglo 16; pero en

qué? en no imitarlos á ellos en lo que ellos mismos no imitaron tampoco á sus antecesores Bercéo, Juan de Mena &c. &c.; esto es: en el desaliño, la licencia, la incorreccion, el mal gusto, y cuanto ya se compadecia mal con la cultura y luces de su época. Y esta época pasó ya como todas. Quererla perpetuar en la poesía es un desacierto y un imposible. Pasarán de ella, como de la nuestra, á toda la posteridad los principios inalterables y los ejemplos *ideales*; pero la construccion, y las voces, y las frases, padecerán alteracion, desuso y olvido, como todo lo inútil, á medida que se vayan remplazando por otras mejores ó mas aceptas al gusto y adecuadas á las ideas de cada tiempo. Horacio dió modelo y reglas. Siempre perspicuo en la construccion y en los vocablos, lo dijo todo en dos sentencias. 1.<sup>a</sup> Que el que sabe lo que dice, lo dice bien, porque lo ha juzgado bien. 2.<sup>a</sup> Que para conmovier es menester estar conmovido. ¿Y como se dirá bien lo que no se diga clara y percep-



tiblemente? ¿Y como tendrá tiempo de buscar y elegir espresion el que está agitado por una idea que no tiene otro ser trasmisible que la palabra con que la reconoce su espíritu? Nuestro crítico lo ha dicho sábiamente: «en el calor de la composición ningun pensamiento ocurre aislado; sino revestido de todos los prestigios que lo constituyen poético.» Pero ¿cómo podrá el poeta conmovido emitir otra espresion que la que la idea le presenta por que es su cuerpo mismo? Se nos ha dicho que de esta doctrina resulta (contra el consejo de todos los maestros) que el poeta no debe corregir, puesto que no ha podido dejar de atinar con la espresion propia. A esto respondemos, que así es. Porque el poeta lo que hace cuando se dice que corrige es inventar de nuevo: esto es, decir otra cosa en lugar de lo que habia dicho, mal conducido por su entusiasmo y como á cierra ojos; pero en manera alguna decir *lo mismo que habia dicho*, con otras palabras, por que esto es

imposible. Enmienda, sí, la construcción gramatical, y la trastorna hasta encontrar el orden mas adecuado, lógico y sonoro; pero cuando no halla uno que le satisfaga, muda la idea y compone de nuevo. Inventata, pues, como poeta: corrige como retórico y versificador. El que no haya hecho una larga costumbre forzada de usar las voces *gaya, riente, albura*, ¿verá de pronto representadas por ellas en su imaginación las ideas de *alegre, risueña, candidez ó blancura*? Respóndasenos de buena fé. Ahora: si lo que se quiere es que no puedan leer á los poetas mas que los que hayan estudiado esa Germanía llamada de algun tiempo á esta parte entre nosotros locución poetica, nada tenemos que negar á sus partidarios mas que nuestra atención, como lo hace el público. Pero ¿porqué malograr tales talentos, y tanta útil doctrina como podian esparcir en la sociedad culta que es el vehiculo de la ilustración popular y de la moral pública?

Se nos reprende que, por consecuen-



cia de nuestra doctrina, hemos admitido en la poesía giros y expresiones prosáicas. No comprendemos la fuerza de este reparo, porque ignoramos qué son espresiones prosáicas sino las que no tienen *ritmo, decencia y propiedad conspicua*, á las cuales llamamos nosotros familiares, y aun baladíes á veces, si no caben en la honesta aunque humilde prosa. Se nos cita para ejemplo, el "mejor dicho" del siguiente verso

"Mejor dicho: Valois ya no reinaba."

y nosotros, que lo escogimos detenidamente, estamos hoy todavía persuadidos de que no erramos en ello. El autor usó aqui del adverbio de ampliacion correctiva *ou plutôt*, y ese mismo hemos empleado. Si nuestra expresion es correspondiente, y ademas insustituible, no hay que dudar que es de necesidad poética, pues que la poesía no puede excluir idea alguna conveniente, ni por consecuencia su frase peculiar incambiable.

En confirmacion de ésto llamaremos la atencion de nuestro crítico sobre una cosa que acaso él mismo no reparó al escribirla, y es: que todos los demas ejemplos que cita son de la misma naturaleza; esto es: *adverbios. De un todo. En suma. De pronto. ¡Qué de &c.* Todas estas son frases adverbiales de tiempo y accion, las cuales siendo por su naturaleza correctivas y modificadoras del verbo, pertenecen de necesidad á todos los tonos y estilos, á diferencia de los mismos verbos y de los sustantivos y adjetivos, que, siendo los tipos ó imágenes audibles de las cosas y de las acciones, son *de por sí* invariables cantidades, á quienes solamente el adverbio puede sustraer ó aumentar parte del valor. El adverbio es pues esencia del verbo, y solo puede tener la *bondad* ó la *indignidad* de éste, y nada por sí mismo. ¡Hasta qué extremo se quiere reducir la lengua de la Poesía! Gracias á Apolo, no conocemos ningun buen poeta que haya sancionado con la práctica tan atroces prohibiciones.



Volvemos á decir que no confundimos la óda con la epopeya: á la una suele sobrarle con un red cido número de frases y giros; á la otra no le basta una lengua entera. Hecese una joya con pocos diamantes; el Vaticano ú el Escorial no se hacen ni con diamantes, ni con pocos. Otras materias, otras cantidades, otras formas, piden otros instrumentos y otros medios. Pero no confundamos lo diferente.

Inferese de lo que acabamos de decir: 1.º que todas las frases adverbiales, genuinas y *honestas*, son necesarias en la poesia, y por tanto lícitas, sobre todo en las obras largas, en que la frecuencia exige variedad; y 2.º que si en efecto hay eso que exclusivamente se quiere llamar dición poética, habrá de consistir precisamente solo en los nombres y verbos, entre los cuales conocemos en efecto muchos que no caen ya bien en la prosa por desusados en ella; (que es lo que, segun parece, los constituye digna y exclusivamente poéti-

cos.) Pero no conocemos uno solo dignos de la culta prosa que (siendo fluidamente rítmico) no lo sea de la verdadera buena poesia. Quisieramos que se nos citára un adjetivo, sustantivo, ú verbo, en alguno de nuestros buenos prosistas, que no podamos nosotros hallarlo en alguno de los buenos poetas sus contemporaneos. Este hecho nos parece que probaría mas que la mejor controversia. Finalmente, resulta tambien de lo dicho, que solo al corregir y escuchar nuestras ideas, (complicadas con los erróneos ejemplos introducidos por la moda) es cuando damos en esas extravagantes sustituciones de palabras, ya por parecer mas estudiosos y esmerados, yá por conformar mejor el ritmo de un verso, ú por otras razones aun mas frívolas ó vergonzosas. Nos atrevemos á vaticinar que, si los ruidos políticos no detienen los progresos de la ilustracion y del buen gusto en la literatura, antes de 20 años no habrá en España quien celebre ciertos versos que ahora embelesan á ciertos lectores.



Con todo: debe pararnos la atención oír decir á nuestro respetable adversario que «el que leyendo sucesivamente á Virgilio y Ciceron, á Homero y Tucídides, á Leon y Mariana, á Maquiavelo y Taso, á Pope y Hume, no observase la diferencia, no ya de los dos estilos, sino tambien de las dos dicciones (*prosdica* y *poética*) no comprenderá nunca la doctrina” del autor. Y mas adelante: “Entre los poetas que hemos nombrado (*Leon, Jáuregui, Arguijo, Rioja, Góngora, y Herrera*) hay por lo menos seis escuelas muy diferentes en cuanto á la elocucion.” Y despues: “Los Argensolas pertenecen á su escuela” (*de Frai Luis de Leon.*)

Permítasenos hacer alguna breve observacion sobre estos tres puntos.

1.º El autor sabe, sin duda harto mejor que nosotros, si es dable, ( como lo creemos) ó si no lo és, el confundir la elocucion de Tucídides en algunos lugares con la de Homero en otros, despojando á éstos del ritmo y de las licencias. Pero en cuan-

to á los latinos, á los italianos, á los ingleses y á los españoles, podemos asegurar y probar que es posible y constante.

¿Podrá desconocerse la elocucion de Frai Luis de Granada en el siguiente párrafo? ¿Podrá decirse que le falta otra cosa que el *ritmo poético* y la rima para ser excelente poesia española? “¡Ay! levánta «los ojos á aquella esféra eterna y celestial «y burlarás los anhelos de ésta lisonjera «vida, con todo lo que ella teme y aguarda. ¿Quién es el que mira ésto, y precia «la bajeza del suelo, y no suspira, y no gime, ni quebranta la carcel del alma, y así «la aleja de estos bienes?” Pues; y si introducimos en esta prosa el ritmo poético y rima que le faltan ¿dejará de ser bella poesia? Veamos.

«Ay! levantad los ojos  
«A aquella celestial eterna esféra,  
«Burlareis los antojos  
«De aquesta lisonjera  
«Vida, con quanto teme y quanto espéra.



«¿Quién es el que esto mira,  
 «Y precia la bajeza de la tierra;  
 «Y no gime y suspira,  
 «Y rompe lo que encierra  
 «El alma, y de estos bienes la destierra?»

FR. LUIS DE LEÓN. *Noche serena.*

Baste éste ejemplo, y perdoneseños todavía que observemos como descuidos 1.º El no decir, *ni rompe*, para la perfecta inteligencia. 2.º Llamar al cuerpo *lo que encierra el alma*. 3.º La destierra de *estos bienes*: expresion vaga, y figura sin alíno.

En cuanto á lo segundo nos confesamos humildemente á nuestro adversario por ignorantes de lo que son *seis*, ni aun dos *escuelas distintas* de elocucion. Creemos nosotros que la elocucion, como parte mecánica ó signo material de las ideas, participa de la *unidad, indivisibilidad, é inalterabilidad* de sus typos ú esencia, que son las ideas mismas. Si ésto no es así resultará que ademas de la tal lengua poética aumentada á la general de cada nacion, ha-

bráotras tantas más, cuantos poetas haya, y á fe que entonces no serán en menor número que ahora, debiendo multiplicarlos esta libertad y esta division de la propiedad. Como quiera que sea, repetiremos seriamente que no hemos acertado á percibir en los seis poetas citados otra diferencia que la del genio y el estilo de cada uno, sin distinguirlos en la elocucion *sobre asuntos iguales*, ó de un mismo género.

Por último, y á causa de ésto mismo no podemos conocer, ni por tanto confesar, que los Argensolas fuesen de la *escuela* de Leon. Lo que vemos evidentemente es que nada tomaron de ella. La fluidez y la perspicuidad de los versos de éstos dos ilustres hermanos los hacen tan *diferentes* y tan *superiores*, en calidad de *hablistas*, á su célebre *maestro*, que casi son como quien dice incomparables á él. ¿Qué connexion ú afinidad puede descubrirse entre los versos de Leon, y estos de Lupercio.

.....



”¿ Hay por ventura de diamante escudo  
Que pueda hacer tan firme resistencia  
Como de un alma pura la inocencia  
Que ofrece el pecho al vencedór desnudo?”

.....

“Alivia sus fatigas  
El labrador cansado  
Cuando su yerta barba escarcha cubre,  
Pensando en las espigas  
Del agosto abrasado,  
Y en los lagáres ricos del octubre ;  
La hóz se le descubre  
Cuando el arádo apaña;  
Y con dulcés memorias le acompaña.

“Carga de hierro duro  
Sus miembros y se obliga  
El jóven al trabajo de la guerra:  
Huye el ócio seguro;  
Trueca por la enemiga  
Su dulce, natural y amiga tierra;  
Más cuando se destierra,  
O al asalto acomete  
Mil triunfos y mil glorias se promete.

“La vida al mar confía

Y à dos tablas delgadas  
El otro que del oro está sediento,  
Escóndesele el dia,  
Y las olas hinchadas  
Suben á combatir el firmamento :  
El quita el pensamiento  
De la muerte vecina;  
Y en el oro le pone y en la mina.”

No hablemos de Bartolomé, porque es aun mayor la disparidad; pero oigamos de paso estos versos verdaderamente robustos claros y numerosos de Lope, y convendremos necesariamente en que éste es el tono esencial de la poesía útil, que es la única buena. Y compárese si se quiere con lo mejor de Leon; se verá la ventaja de parte de la elocucion perspicua de Lope.

«Pero felicidad tan soberana  
«Poco duró, por la soberbia humana.  
.....  
«Y haciendo ya ciudades,  
«Y fábricas de inmensos edificios,  
«Con armas en los altos frontispicios,



«Comenzaron con bárbaras crueldades,  
 «Interéses, envidias, injusticias,  
 «Los adulterios, lógrros, y codicias,  
 «Los robos, homicidios y desgracias;  
 «Y no contentos yá de Aristócracias,  
 «Emprendieron llegar á Monarquías:  
 «La Púrpura engendró las tiranías!  
 «Nació la guerra en manos de la muerte.  
 «Los campos dividieron fuerza ó suerte.  
 «Dispuso la Traicion el blanco acero  
 «Para verter su propia sangre humana.  
 «Y fue la Envidia el agresor primero;  
 «Y procedió la Ingratitud villana  
 «Del mismo Bien, á tantos vicios madre:  
 «¡Infame hija de tan noble padre! &c.

Habíamos nosotros asentado por consecuencia de nuestros principios en el prólogo de la Enriada, «que la importancia ó la oportunidad de la idea, ó ambas cosas juntas, constituyen la sublimidad, y por tanto la poesía”, y de allí concluimos «que la *expresion* mas simple, honesta, sonora, y breve, es la mas sublime, y por tanto la mas poética.

Nuestro crítico impugna ésta conclusion en todas sus partes, con gran saber y delicadeza, probando inconcusamente su propia doctrina. ¿Y sin embargo la nuestra no es errónea? Ciertamente que nó. Porque pensando impugnarnos, dijo nuestro adversario justamente lo mismo que nosotros creemos, *en cuanto á lo que él dice*; pero se equivocó en *cuanto á lo que nosotros hablamos dicho*.

Prueba muy bien que «la sencillez no es para el *estilo* grandioso; y que al contrario se alimenta *éste* con la pompa del lenguaje, con el prestigio de la armonia, con todas las gracias de la elocucion, con todas las licencias de la poesía”; y á excepcion de las licencias (que nosotros ni pedimos ni damos en todo lo que no es la *invencion*, por ridículas é innecesarias,) en todo lo demas estamos de acuerdo. Pero le suplicamos repáre, en que nosotros pusimos *expresion* por *frase*, y nó, como él, por *estilo*. Hablábamos allí de la *unidad*, y no de la *adicion* ó *complexo*; esto és: de



la frase, pero nó del cuadro ú dilatado trozo, en cuyo total ciertamente no habría sublimidad si careciese de orden, de decencia y de ritmo proporcionado á su duracion, aun cuando cada una de sus frases fuese *de por sí sublime* como cuerpo de sublime idea. Esta explicacion nos parece si nó tan breve, tan simple á lo menos como el pensamiento que enuncia.

Y siendo esto así, es claro que nuestro crítico divaga igualmente sobre la calidad de *breve*, que nosotros exigimos tambien al *sublime de expresion*, cuando dice que «la concision ó brevedad de expresion no es una cualidad permanente del estilo «poético», y que «hay veces que se exige «amplificacion; como en las descripciones «de cualquiera género que sean.» ¿Y qué inconveniente podemos tener nosotros en que se *amplifique* cuanto se quiera, contál que se haga con *expresion simple y breve*? Nuestro docto adversario sabe con cuánta pasion y tenáz industria abreviaron los Griegos su lengua; y conoce mejor que no-

sotros la razon filosófica de esta utilísima operacion. El problema que con ella se resuelve es éste: *hacer gozar mas vivamente en menos tiempo con menor fátiga*; porque de ésto nace la posibilidad de repetir ésta misma fruicion mayor número de veces seguidas. Y he aquí toda la importancia y mérito de la concision *perspicua*. En resumen; segun nuestros principios resulta: que un poema puede ser extenso y lacónico, c ortísimo y redundante.

Acuérdasenos ahora à éste propósito un ejemplo de expresion rápida que citan los franceses, y es el siguiente verso, (del primero de sus poetas,) el cual constando de 12 sílabas, comprende 13 palabras, y en ellas un complejo de 10 ideas; à saber: 3 sustantivos, 1 verbo, 1 negativo bisono, 1 adjetivo, 1 adverbio, 1 pronombre, y 2 artículos, de los cuales el uno duplicado.

“Le ciel n'est pas plus pur que le fond de mon cœur.”

Nuestra hermosa lengua, que es la de menos *monosílabos* entre todas las anti-



guas y modernas, repuisa inexorable todos los esfuerzos del escritor que se empeña en hacerla correr rápidamente; á lo cual se oponen tambien los embarazosos atavíos de su construccion. Esta insuperable dificultad es la que ha hecho tantas veces oscuros á Frai Luis de Leon y Fernando de Herrera, á Mariana y don Diego de Mendoza. Y por lo mismo rara vez se podrían hacer en nuestra lengua versos que comprendiesen tantas partículas y tantas ideas como el siguiente del poema de *la Compasion*, en el cual invocando el poeta á esta divinidad le dice:

“Pues yó te canto á tí, tú á mí me inspira.”

De ningun modo en que se quisieran amplificar *ésta proposicion, argumentacion, y súplica*, serían tan elegantes y perspicuas como en la concision con que están aquí presentadas. ¿Y si de este ejemplo de idea humilde y comun, pasamos á otro de la mas sublime, cual és el que tanto encarece

el mismo *Longino*, ¿qué se nos podrá replicar? Pronunció Dios: *“Sea la Luz.”* Y fué.

¡Un solo verbo con un sustantivo, y entrambòs los mas simples en todas las lenguas, ¿qué cuadro presentan! ¿cuánta meditacion excitan! ¿qué concurso instantáneo de asombro, de humillacion, de agradecimiento ocasionan!

Y he aquí tambien por qué es tan necesario que lo que se escribe bien se lea no sólo bien sino á un compas proporcionado á la gravedad y exactitud de la expresion; sin lo cual se malogran todos sus primores y se frustran todos sus efectos. Léanse de prisa estas tres palabras “sea la luz, y fue” ¿qué impresion tan débil! ¿qué movimiento tan inadecuado! ¿qué sonsonéte tan bufon! Esto es lo mismo que sucedería si un organista interrumpiese nuestro recogimiento y adoracion glosando en aire de *Alegro assai* la solemne y magestuosa canturía del *Tantum ergo* &c. La duracion, pues y la modulacion de cada bella frase es



siempre vária, y caracterizada por la importancia, naturaleza y orden de los pensamientos. La brevedad, por tanto, es relativa, á *la enunciaci3n y percepci3n de cada idea de por sí*, y nó á la duraci3n del complejo ú sucesi3n de muchas, en que consiste la *amplificaci3n*, que nunca hemos pensado en condenar.

Se nos dice últimamente que de las cualidades propias de la dicit3n poética excluimos nosotros, pues que no las nombramos, las siguientes: 1.<sup>a</sup> *El escogimiento de palabras gráficas*: 2.<sup>a</sup> *El uso de voces no comunes ni familiares*. 3.<sup>a</sup> *La transposici3n ú colocaci3n de las voces segun el grado de interes de los objetos*. Y 4.<sup>a</sup> *El corte de la versificaci3n acomodado al del pensamiento*.

En efecto pudimos olvidar hablar de estas reglas en el prólogo; pero es notorio que á lo menos no las olvidamos al versificar nuestra traducci3n, con tal sujeci3n á ellas y á otras muchas, que nos atrevemos á suplicar se nos pruebe que no es así.

Pero hay mas todavía; y es: que esas mismas reglas estan enunciadas en el prólogo. Allí dijimos: “la buena poesía se hace con la buena prosa, el ritmo y la rima.” Lo único que ahora podemos añadir á esto es: que si la buena prosa no pide *el escogimiento de palabras gráficas*; si permite (en discurso noble) *palabras comunes y familiares*; si no exige *el corte de frases acomodado al del pensamiento*, nuestro crítico tiene razon; pero debe perdonársenos, porque habíamos hasta ahora creído á Ciceron y Quintiliano, que dicen lo contrario.

Por lo que hace á *las transposiciones* que no tuvieren un uso universal é invariable, que es lo que las naturaliza y hace inteligibles en nuestra lengua, se nos permitirá que las desechemos de la poesía como de la prosa, por superfluas todas y perjudiciales las más á la claridad; á esa primera de todas las prendas del habla. Dislocar y barajar los eslabones de la cadena lógica, no puede nunca añadir mérito al



*sermon* ú oracion. Asi es que no hallamos en nuestros poetas una sola trasposicion extraordinaria que tenga otro efecto plausible que cumplir con el ritmo ú la rima, y encubrir dentro de la afectacion de originalidad la negligencia ó la impericia del versificador.

El temor de no dejar bien probada la razon de nuestro modo de pensar, que pareció tan errado al crítico, nos ha hecho incurrir hasta aquí en proligidad: en lo que nos resta que decir acerca de los metros españoles, seremos menos difusos, porque atacamos preocupaciones no tan generales, ó cuando menos no tan arraigadas, por hallarse todavía la cuestion intacta.

## § II.

No se llamó á la poesía desde los primeros tiempos el lenguaje de los Dioses porque no hablase la lengua vulgar, sino precisamente por lo contrario; esto es: porque instruía al vulgo haciéndose entender de él; porque era el vehículo de las fingi-

das pero utilísimas sentencias de los oráculos; porque vulgarizaba por medio de descripciones, encomios, memorias y doctrinas de altísima importancia, la instruccion que solo poseían ó creían poseer los vates ó adivinos: en una palabra los hombres dotados de mayores luces y de mas profunda meditacion.

Fue pues en su principio la poesía el archivo de la Teología, de la Moral, y de la Política; y en todas lenguas emitió ideas abstrusas, complicadísimas, y á veces de peligrosa publicidad, cuyo estudio y transmision se reservaron entre sí los mismos sabios; y asi en esta parte su materia y sus conceptos fueron lo que debian ser, al vulgo idiota ininteligibles. Pero no hay razon ni dato ninguno para creer que en lengua alguna se haya escrito la poesía primitiva con palabras y construcciones peculiares, exclusivas, y sobre todo ininteligibles á la generalidad de los habitantes del pais.

Consagrado despues este arte embelesador en la Epopeya á la narracion estu-



penda de las acciones de los Dioses y de los Héroes, á la descripción física del universo visible, á los dógmas relativos al invisible ó divino, y finalmente á la filosofía metafísica y moral, (todo para uso y utilidad del cuerpo social en cada uno de sus individuos,) dejó por necesidad de ser interlocutora ú órgano de enigmas é indirectas, y tomó un carácter en parte histórico, y en parte *demagógico* ú *didáctico*, el cual, á la perspicuidad *retórica*, que ya tenía, unió la de la materia misma en que la empleaba. Así se hizo la poesía ciencia y lengua comun; sin lo cual, es claro que la generalidad de los pueblos antiguos, ésto es el público de cada nación, no la hubiera oído con embeleso, ni amado con pasión, ni celebrado como la primera de las ciencias y el mayor blason de su cultura. Así finalmente quedó hecha lo que es hoy para nosotros: una Oratoria perfectísima, sublime, encarecida y ornada con el ritmo auxiliado de todos los medios de la retórica, y hasta de la rima entre los modernos.

Con lo dicho se prueba, segun nuestra humilde opinion, lo que tanto hemos repetido; á saber: que la mayor dificultad que tiene que vencer el gran poeta es la de hacer tan fácil su inteligencia, como dulce y magnífica su dición.

Con estas ideas preliminares, procedamos al exámen de los metros españoles como instrumentos de las dilatadas epopeyas y composiciones filosóficas.

Oigase primero la opinion de nuestro adversario. «Nosotros tenemos (dice, pag. 291) el verso libre, *que si ha de sonar bien, es el mas difícil de todos*, la octava, y las infinitas combinaciones de la silva; cualquiera de estos metros es muy preferible para la epopeya al romance endecasílabo; porque cualquiera de ellos admite períodos poéticos mas llenos, sonoros y variados, y en todos se evita el perpetuo martilleo del asonante. La facilidad del romance endecasílabo no es aparente (como lo asegura el traductor de la *Enriada*) sino real y verdadera;



» ó sinó, que lo decidan los versificadores.  
 . . . . . » Como ninguno de nuestros  
 » grandes poetas antiguos ha cultivado es-  
 » te méτρο, no se conoce todavía su ín-  
 » dole, ni las ventajas ó dificultades que  
 » ofrece, ni los medios de cortarlo, va-  
 » riarlo, doblegarlo á las diferentes exi-  
 » gencias poéticas.”

Lo que sobre esto habíamos dicho  
 nosotros viene á reducirse á lo siguiente:  
 » Los lectores versados en la poesía espa-  
 » ñola conocerán toda la razon con que se  
 » ha adoptado el romance endecasílabo  
 » con asonante para esta traduccion, y  
 » son tambien los únicos que pueden qui-  
 » latear exactamente el mérito de su apa-  
 » rente facilidad. A los demas lectores to-  
 » ca solo recrearse con la fluidez de su ca-  
 » dencia, sin duda mas melodiosa que ar-  
 » mónica; pero única propia para una obra  
 » *larga, grave, narrativa, escénica y varia-*  
 » *da.*” Vamos ya á probarlo, y á refutar  
 la opinion de nuestro crítico, sobre este  
 y los demas metros castellanos propios pa-

ra la epopeya. Dejaremos para lo último  
 el verso libre, á quien se dá título del *me-*  
*yor y mas difícil de todos.*

*De la octava.* Hemos dicho, y nadie nos  
 negará, que la Epopeya es de naturaleza  
 esencialmente distinta de la Oda. Las cau-  
 sas son estas. 1.<sup>a</sup> La Oda es obra y *sermon*  
 del poeta: la Epopeya lo es de la divinidad  
 invocada. 2.<sup>a</sup> La Oda excluye *proposicion*,  
 y por consiguiente, órden, simetría, tér-  
 mino previsto, narracion, unidad é inte-  
 gridad: la Epopeya no existe sin *todas*  
 estas cosas. 3.<sup>a</sup> La Oda exige del Poeta  
 impulsos indeliberados, contemplacion ex-  
 tática, arrebatos como de embriaguéz ó in-  
 sanidad: la Epopeya se los prohíbe, atán-  
 dole la mano á la dócta, imperturbada  
 celeste voz de la divinidad, de quien es  
 solamente secretario ó mas bien escribien-  
 te. 4.<sup>o</sup> La brevedad de la Oda pide que  
 su movimiento sea mas repetido y percep-  
 tible, y así permite, (si no es que tambien  
 exige) el corte en estrofas, las cuales son  
 como otras tantas cuadrículas, cuyos bor-



des ó divisiones no deben verse en el gran lienzo de la epopeya, ni ésta las necesita, porque su tipo músico no es de mensura igual y repetida, sino de libre é indeterminada duracion, á manera del recitado, cuyo ritmo es una serie perenne de variada modulacion. Así, el nombre de la una es musical; el de la otra puramente oratorio. De aquí una observacion de hecho: ningun poema *heróico* de la antigüedad *considerablemente extenso*, está escrito en estrofas, ni lo estan tampoco los de los grandes poetas modernos Alemanes, Ingleses ó Franceses. Los Italianos, y nosotros con los Portugueses, somos los únicos que hemos tenido ésta estravagante idea; y aun entre los Italianos debemos observar que la mejor traduccion que poseen de Virgilio, que es la de Anibal Caro, está escrita en verso endecasílabo *libre*, (y no asonantado, porque aquel idioma no conoce tal rima.) Parécenos imposible que nuestro crítico déje de convenir con nosotros en que la distribucion del gran lienzo de

la Epica en cuadrículas, ó laminitas clavadas con sus ocho consonantes, es incongruente. Esta invencion, debida al genio musical de la Italia (ya no Latina), que todo lo sacrifica al periodo armónico, y á la facilidad y placer con que la oreja aprecia su duracion y sonoridad: ésta invencion, decimos, no tiene ni autoridad ni utilidad de lei; porque no está sancionada por el voto universal, despues de tantos años de conocida, y porque hace degenerar en sonsonete y *rondó* lo que debe necesariamente ser un concierto modulado, pero nó interrumpido; de otra manera: un río magestuoso, extenso, rápido, riquísimo y perénne, de ritmo melódico, de elocucion pura, en que reflécte la idea como la luz en el agua, que embelése y no recuerde ni deje percibir el artificio y las dificultades con que se han reunido en uno muchos manantiales, y se le ha abierto proporcionado cauce, y sembrado sus márgenes de flores hijas de otras riberas y á quienes alimenta como propias. ¿Son ésto las

k



estrófas? ¿Puede compararse á ésto una serie de mezquinas cascadas, idénticas en el caudal, y en el estrépito?

Y si á los defectos que la octava tiene para la epopeya original, se agrega su imposibilidad absoluta de prestarse á la exactitud *irremisible* de una traduccion, ¿no hubiera sido un desacierto en nosotros darle la preferencia? Enhorabuena que Velasco ú Jáuregui, traduciendo á Virgilio ú á Lucáno, hayan hecho algunas bellas octavas; pero ¿probará esto que han traducido bien? Aseguramos por el contrario que sus buenas octavas son precisamente los peores trozos de sus traducciones; y nosotros no nos propusimos solamente hacer los mejores versos que pudiéramos, sino sobre todo, una buena traduccion.

Permítasenos citar un ejemplo de cada uno de estos célebres traductores. He aquí como rinde Velasco en una de sus mejores octavas estos conocidos versos:

«Infandum, regina, jubes renovare  
dolorem,

«Trojanas ut opes, et lamentabile regnum  
«Eruerint Danai, quæque ipse misserrima  
vidi,

«Et quorum pars magna fui. Quis talia fando  
«Myrmidonum, Dolopumve, aut duri mi-  
les Ulissei,

«Temperet à lacrymis?

«Mándasme renovar, Reina *excelente*,  
«La horrible historia y el dolor infando  
«Como de Troya el oro, el reino y gente  
«Destruyó el gran furor del Griego bando:  
«Los tristes casos *d* que fui presente,  
«Gran parte de la pérdida probando;  
«¿Cuál Mirmidón, cuál Dólope, ó Soldado  
«De Ulises, tal dirla nó lastimado?

No hai clase de negligencia que no resalte en estos versos; su periodo queda incompleto, porque la exclamacion no está ligada á los antecedentes con discurso correcto; *renovar los tristes casos* es impropio



por referir; gran parte de la pérdida probando, en lugar de decir "y de que una gran parte fui yó mismo" es despreciar ó no entender el original. "Tal dirla no lastimado en vez de "pudiera referirlo sin llorar" es una vaga indicacion de la idea. Las redundancias de *excelente, horrible historia* (que viene con un solo verso intermedio del en que el traductor ingirió la redundante expresion de que Eneas comenzó así *su triste y larga historia*;) *gente; á que fui presente; el gran furor; bando*; las impropiedades como *y oro*; finalmente el desaliño de ser los dos últimos versos asonantes con tres anteriores, ¿podremos celebrarlo? ¡Jóvenes cultivadores del Parnaso! si tal hiciéremos, llamadnos fanáticos, pero sobre todo, no nos creáis.

Veamos ahora si estotra octava de Jáuregui, que como original sería bellísima, merece mas elogio como traduccion. La pondremos antes del texto para percibir sin ninguna distraccion todo su mérito.

«Sobre el marino campo el rojo Apólo  
«Tendió su luz flamante una mañana;  
«Libre de nubes y sereno el Polo  
«Su manto á partes retocaba en grana.  
«Ató los vientos el soberbio Eólo,  
«Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;  
«Y sosegando el már su movimiento  
«En calma estuvo á la batalla atento.»

Oigamos à Lucano:

«Ut matutinos spargens super æquora Phœ-  
bus  
«Fregit aquis radios, et liber nubibus  
æther,  
«Et posito borea, pacemque tenentibus  
austris  
«Servatum bello jacuit mare.» &c.

¡Qué redundancia y qué estrépito en Jáuregui, añadido todavía al mas estrepitoso y redundante de los latinos; y al mismo tiempo cuánta omision! De esta traduccion solo diremos nosotros lo que un profundo crítico inglés dice de la celebradísima traduccion de la Odissea por el ilus-



tre Pope; "que como poema original merecería altos elógios; pero como traduccion es indigna de la reputacion de la obra y del traductor." (1) ¿Y en qué consiste en Jáuregui este género de imperfeccion? en el periodo cerrado de la octava, en su corte simétrico y esquinado; y sobre todo en esas ocho palabras forzadas que como otras tantas tachuelas parecen destinadas á clavar el cuadro mas bien que á formar parte de él.

*De la silva.* Este metro es por naturaleza vago, y envuelve inconvenientes opuestos á los de la octava, porque en vez de tener tranquila la espectacion del lector con la seguridad de la llegada prevista del consonante, la mantiene siempre inquieta, distraida, y como con sobrealiento por el retardo, cuyo término incierto anhela, haciéndole así perder el gusto del verso actual, y contrayéndolo casi exclusivamente al afan de buscar y hallar el consonan-

(1) Knox's essays. Vol. II. pág. 372.

te sucesivo, que tarda á veces seis ó siete versos, y siempre á distancias diferentes. Nosotros no conocemos silva ninguna épica; y en las morales y filosóficas que hallamos en nuestros buenos poetas ninguna es, ni podia serlo, *narrativa, larga, escènica y variada*, que son los caractéres esenciales de la epopéya. Nuestras silvas, son, pues, un género de elegía en que habla necesariamente el poeta meditando y sintiendo, y declamando é instruyendo, pero nó narrando; en discursos pausados, redundantes y de arbitrario giro y duracion. Lope es el único que haya ensayado semejante metro en la epopéya, ¿pero en cuál? en la burlesca *Gatomaquia*, donde presentando con botarga el poema heróico eligió para mayor chiste y contraposicion la *silva* como metro consagrado, bien que por un uso ciego, á las verdades mas serias de la Filosofía, y que más podia hacer reir usado á manera de remedo y mofa.

Pero ¿nos atreveremos á decirlo? Pues en nuestro concepto, ni aun para el géne-



ro puramente filosófico es oportuno éste metro, sobre todo en la traducción, de lo cual podrán convencerse los curiosos examinando las de nuestro docto y eminente poeta Quevedo. Así es, que cuando pensábamos incluir en nuestra colección el poema *de la Religión* de Luis Racine, ignorando que estuviese como lo está traducido al castellano en metro de *silva* (1), lo escribíamos nosotros en verso suelto; y cotejando ahora nuestra versión con la de un traductor tan superior á nosotros en saber, no hemos podido mudar de juicio viendo que no logró ser tan exacto como convenia, ni evitar lo vago del ritmo inseparable de lo desigual é intempestivo de la rima, y de la medida. Permítasenos citar aquí un breve y mismo pasage en ambas traducciones, y si no se hallare que satisface más el verso suelto que la *silva* confesaremos nuestro error.

---

(1) Por don Antonio Ranz Romanillos.

*Verso suelto.*

HABLA LA FÉ.

«Flaca y vana Razon! mis resplandores  
 A conducirte bastan, si la altiva  
 Mirada humillas. La sombría Noche  
 Para observar al sol no fue criada.  
 Modesto anhelo de saber, y el dia,  
 Te ilustrarán. Corrige tu impaciencia;  
 Creyendo ignora; adora no entendiendo;  
 Ama sin comprender: mi lei es ésta.  
 Vana curiosidad indaga el árduo  
 Mecanismo interior de la Natura,  
 Y sus efectos vé, no sus resortes.  
 ¡Hombre, de lodo abyecto masa ruda!  
 ¿ Pudieras tú sufrir los resplandores  
 Del sol eterno de Verdad y Ciencia?  
 Y ¿acáso tu Hacedor te necesita?  
 Arbitro, inalterado, llena y rige  
 El sér como la Nada. De él dependen  
 Premios, castigos, contricion, protervia,  
 Sombras y luces, grillos y coronas.  
 ¿Sabér supremo, Providencia arcána!  
 ¿Quién residenciará tus voluntades?  
 ¡Oh mortal! de su amor y sus larguezas



Todo dá testimonio; harto te dice:  
Resuélvete á ignorar lo que te calla."

*Silva.* . . . . . "El loco atrevimiento,  
Flaca y vana razon, humilla.  
Sígueme, (dice,) la brillante llama  
Que yo para tí enciendo  
Basta á guiarte, si seguirme quieres.  
La hora de las tinieblas es la hóra  
Aquí de vér, entanto que el deseado  
Día viene. Si al maestro docil eres,  
Sin entender á cada paso adora,  
Y en lugar de saber lo que anunciado  
Te fuere, creelo, y dá al conocimiento  
Menos que no al amor y al rendimiento.  
¡Ay, cuán inutilmente pretendemos  
De la Naturaleza con desvelo  
El fondo hallar! Seremos admitidos  
A sus juegos: mas nunca ver podremos  
Los que emplea resortes escondidos.  
Adorad, clama, á vuestro Rei rendidos:  
Contemplad, admirad, gozad mis bienes,  
De conocerlos sin el vano anhelo."

Finalmente: con sola la intercalacion

de versos desiguales al cadencioso y grave tipo endecasílabo, basta para hacer á éste metro indigno de la constancia y magestad épica. Confesamos que nos tiene admirados el que nuestro crítico, que es uno de los poquísimos grandes maestros prácticos que tenemos de versificación española, profese las opiniones que acabamos de refutar. La Eneida cortada á pedacitos iguales y descosidos, ó escrita en versos desiguales y de imprescrita y vaga sonoridad, es idea que no podia ocurrir á Virgilio, ni sabríamos nosotros alabar.

*Del verso libre y del romance endecasílabo con asonante.* Llegamos por fin al fallo mas severo de nuestro proceso, que comprende dos proposiciones: 1.<sup>a</sup> Que es preferible á todos el verso libre, *el cual si ha de sonar bien es el mas difícil.* Y 2.<sup>a</sup> que la *facilidad del Romance endecasílabo no es aparente* (como dijimos en el prólogo de la Enriada,) *sino real y verdadera: y sinó, que lo decidan los versificadores.*

Responderemos brevisísimamente. 1.<sup>o</sup> El



verso libre tiene la misma dimension del endecasílabo asonantado ; el mismo número posible de cesuras; pide igual y no mayor correccion y fluidez; el mismo ritmo; pero, ni tiene periodo forzado como la estrofa, la octava, el terceto, &c. ni obedece á la terrible lei de la *rima*. Y con estas dos últimas dificultades de menos ¿será más difícil que ellos? A la verdad no lo podemos comprender. Y ademas lo negamos, apoyándonos en la opinion práctica que de ellos nos han dejado nuestros grandes poetas antiguos, los cuales, habiendo probado su industria y fuerzas en todo género de dificultades métricas, no nos han dejado un solo verso suelto original. Los primeros que se encuentran, si no estamos equivocados, son los de las traducciones del Aminta del Tasso por Jáuregui; del Arte poética de Horacio por Espinel; de la Eneida por Hernandez de Velasco, y de la Odisea por el Secretario Gonzalo Perez.

En quanto á Jáuregui, que *italianizó* hasta en esto su traduccion, es probable

que no empleó éste metro en la Scena-Prólogo del Aminta por otra razon que por asimilar hasta en ello su traduccion al original. Estos versos no tienen en quanto al ritmo, al corte &c. ni primores ni defectos: son, ni mas ni menos que todo verso bien medido, y nada prueban á favor de la dificultad y de la superioridad del verso suelto. Por lo que hace á la traduccion misma, diremos solo de paso que no se le nota gracia alguna que no provenga del original, cuyos versos casi siempre se encuentran hechos en español con las mismas palabras. Pero ésta puntualidad de sonidos á que se dió Jáuregui, ora por pereza, ora por hacer mas fluida y apacible su versificacion, produjo ademas dos grandes imperfecciones: la una, que ésta tenga todo el sabor extranjero que debe desaparecer en las buenas traducciones; y la otra, que á veces traslade las palabras por el sonido, y nó por el significado; como por *pastorali spoglie*, *despojos pastoriles*, en vez de *trage*, *adornos*, *vestidos*, *atavíos*; por *non*



*mica un Dio, no un Dios agora*, en vez de *no como quiera un Dios*, porque el adverbio *agora* es de tiempo y no de *accion*; (y observaremos ademas que la *g* de *agora* era pronunciacion que ya no usaba entonces ni aun el sonóro Herrera, y como anticuada hace mas impropia la expresion en boca del Amor, representado por un rapaz, *fanciullo*, que nuestro poeta traduce en Andalúz *criatura*;) por *Dio selvaggio*, *dios selvage*, en vez de *dios campestre*, porque el adjetivo *selvage* no significa en español otra cosa que *grósero*, *tosco*, *rudo*, *inculto*, *bruto*, en vez que en el Tasso indica meramente uno de los tutelares de los campos, dioses menores, entre los cuales lo clasifica en el mismo verso por la amplificacion *ó della pleve degli dei*. Estos desaliños se hallan en los cuatro primeros versos de la traduccion.

Espinel, Velasco y Perez no nos han dejado tampoco ejemplos que estudiar. La desabrida é incorrecta version del Arte poética de Horacio hecha por el primero

es demasiado conocida para que debamos citar nada de ella; pero de la Eneida y la Odissea pondremos aquí unas brevisimas muestras. Véase como traduce Velasco los dos primeros versos del libro 2.º de la Eneida.

«Conticuere omnes, intentique ora  
tenebant.

«Inde toro pater Eneas sic orsus ab alto»

*Callaron todos tirios y troyanos;*

*Y atentos escucharon con silencio.*

El padre Eneas desde su alto asiento

Comenzó así *su larga y triste historia.*

¿Es ésto poesía, es ésto traduccion, son éstos versos? Pues óigase á Perez, traduciendo del Griego, que es la lengua mas análoga de todas á la española, segun los inteligentes; canto 8.º de la Odissea:

«Al tiempo que salió la clara aurora

«Con sus rosados dedos la mañana,

«Entonces levantóse de la cama,

«La sacra Magestad del Rei Alcínoo.

«Tambien se levantó aquel generoso



«Ulises destructor de pueblos bravo.  
 «Alcínoo llevó pues á los Pheaces  
 «A su concion (1), la cual les tuvo y hizo.  
 «Junto á las naves negras y ligeras.  
 «y á cada uno que topaba  
 «Hablaba y le decía de ésta suerte.”

¿Serán éstos los modelos en que aprendieron à hacer buenos versos sueltos los Meléndez, los Jovellanos, y los Listas? ¿y si no existieran éstos modelos, diría nuestro crítico que *por ésto* se ignoraba todavía la índole de éste metro, á pesar de su propio ejemplo, como lo ha dicho del romance endecasílabo despues de vista la traducción de la Enriada?

Concluamos pues acerca de ésto que la gran reputacion moderna del verso suelto tuvo su origen en la misma época y en los mismos versificadores que promovieron entre su admiradora clientela literaria la celebridad del consabido *guirigai*, progenie degenerada del *Gongorismo*, que

---

( 1 ) *Razo namiento.*

sin ser del subido color de su padre conservaba la fisonomía de la raza. Esos evocadores de monstruosas sombras que se creyeron resucitadores de cuerpos hermosísimos, persuadieron la dificultad del verso suelto que ellos hacian tan facilmente. Pero su ejemplo y doctrina han caido en el olvido con los mismos *Gerardo Lobo* y demas coplistas á quienes con razon despreciaban.

Esto, sin embargo, no es decir que algunos versos libres, de Meléndez por ejemplo; no valgan mas que otros rimados del mismo autor; pero estamos prontos á probar que estos versos rimados no son buenos. Y á la verdad, nunca nos ha ocurrido negar que sean mejores los versos sueltos buenos que los malos rimados.

Y si el romance endecasílabo con asonante, ademas de requerir todas las prendas del *mejor y mas difícil* de los métrros, posee una cualidad peculiar, como lo es la armonía, nó gárrula é imperiosa del consonante, sino blanda y apacible del



asonante, ¿ cómo podrá ser inferior al verso libre, ni por qué será mas fácil?

Dice nuestro crítico que á lo ménos hasta ahora es ignorado el mérito de esta versificación por no haber fijado sus reglas y sus primores el uso de ninguno de nuestros antiguos poetas. A esto responderemos: 1.º Que si vale éste raciocinio, es menester confesar que el *Hom-bre* no ha tenido jamas acierto en nada en que no ha tenido ejemplo; de donde resultaría una de dos cosas: ó que nuestros antiguos no podian servirnos de modelo si ellos no lo habian tenido, pues que se hallarian entónces en el mismo caso que ahora nosotros; ó que ésta indispensable ascendencia de ejemplistas pasivos y activos subía hasta.... la creacion. 2.º Que es una verdad notoria que no hay tal ignorancia, pues abundan entre nosotros composiciones en éste méτρο buenas y malas como en los demás. 3.º Que es mas que probable que nuestros poetas antiguos, esclavos con vanagloria de esa

ley, (ridícula como todas las impotentes) de la rima, desdeñaron el asonante, como adorno plebéyo del noble verso largo; y sin embargo, en ésto como en otras cosas incurrieron en error, confundiendo la dignidad del méτρο con la de la materia. La prueba és, que uno de los mayores blasones de nuestra poesia, que sin disputa son los romances, está trabajado con asonantes, y en ellos se hallan todos los tonos y estilos de la *Poesia*, y todos los primores y modificaciones de la locucion y del méτρο. Citarémos solo uno, por no molestar, y será del género grave, narrativo y patético; y si se halla una oda, ó un trozo de epopeya del mismo género, que produzca mayor impresion en el ánimo del lector, confesaremos que nuestra opinion es una extravagancia.

*Al Rey Rodrigo.*

Cuando las pintadas aves  
Mudas están, y la tierra  
Atenta escucha los rios



Que al mar su tributo llevan;  
 Al escaso resplandor  
 De cualquier luciente estrella,  
 Que en el medroso silencio  
 Tristemente centelléa;  
 Teniendo por mas segura  
 De trage humilde la muestra,  
 Que la acechada coróná  
 Ni la envidiada riqueza;  
 Sin las insignias reales  
 De la Magestad sobèrbia,  
 Que amor y temor de muerte  
 Junto á Guadaléte dejan;  
 Bien diferente de aquel,  
 Que antes entró en la peléa  
 Rico de joyas, que al Godo  
 Dió la victoriosa diestra;  
 Tintas en sangre las armas,  
 Suya alguna, y parte agena,  
 Por mil partes abolladas,  
 Y rotas algunas piezas;  
 La cabeza sin alméte,  
 La cara de polvo llena,  
 Imágen de su fortuna

Que en polvo se vé deshecha;  
 En Oréla, su caballo,  
 Tan cansado yá, que apenas  
 Mueve el presuroso aliento,  
 Y á veces la tierra bésa;  
 Por los campos de Jeréz,  
 Gelvoè llorosa y nueva,  
 Huyendo vá el Rey Rodrigo  
 Por montes, valles y sierras.  
 Tristes representaciones  
 Ante los ojos le vuelan;  
 Hiere el temeróso oido  
 Confuso estruendo de guerra;  
 No sabe donde mirar;  
 De todo teme y recela:  
 Si al cielo, teme su furia,  
 Porque hizo al cielo ofensa;  
 Si á la tierra, yá no es suya,  
 Que la que pisa es agena;  
 ¿Pues qué, si dentro en sí mismo  
 Con sus memorias se encierra?  
 Mayor campo de batalla  
 Dentro el alma le aparejan;  
 Y entre sollozo y suspiro



Así el Rey Godo se queja:  
« ¡ Desventurado Rodrigo!  
» Si ésto en otro tiempo hicieras,  
» Y huyeras de tus deseos  
» Con el paso que ahora llevas,  
» Y à los asaltos de amor  
» No mostrarás la flaqueza  
» Tan indigna de hombre Gódo,  
» Y más de Rey que gobierna,  
» Gozará su gloria España,  
» Y aquella fuerte defensa  
» Que yá por el suelo yáce,  
» Y el color cambia à las yerbas.  
» Amada enemiga mía,  
» De España segunda Eléna,  
» ¡ Oh si yó naciera ciego,  
» O tú sin heldad nacieras!  
» Maldito sea el punto y hora  
» Que al mundo me dió mi estrella:  
» Pechos que me dieron leche  
» Mejor sepulcro me dieran.  
» Pagará à la tierra el censo;  
» Y en su soledad durmiera  
» Con los cónsules y reyes

» O con los plebeyos de ella.  
» Quitárale à la Fortuna  
» Carro en que triunfar pudiera,  
» Y un Rodrigo, ¡ para España  
» Materia de tantas quejas!  
» Traidor Conde Don Julian,  
» Si uno solo es el que yerra  
» ¿ Por qué tan injustamente  
» Hiciste comun la pena?  
» No ofendí yo al Africano:  
» ¿ Porquè Africano te vénga?  
» ¡ Oh, si este agudo puñal  
» Rasgára tus falsas venas! "...  
» Más iba à decir Rodrigo,  
» Pero las palabras medias  
» Las arrebató el enójo  
» Y entre los dientes las quiebra.  
» Y diciendo adios à España  
» Que el Bárbaro señoréa,  
» Junto su Orélia querido  
» La luz enemiga espera.  
» ¡ Cuanta belleza junta en éste trozo de elo-  
» cuencia poética! Sin la importuna rapidéz



que dá al ritmo la brevedad de los versos, es decir, si éstos fueran graves endecasílabos, ¿podría citarse en nuestra lengua un trozo rimado de mayor mérito? Nosotros á lo ménos estamos persuadidos firmemente á que, tal como está ahora éste Romance, agrada mas que la *Profecía del Tajo*, y á mayor número de personas de entre las de mejor gusto, no sistemáticas.

Continuemos. 4.<sup>a</sup> Nos admira sobremedera el que nuestro dócto adversario no piense como nosotros que la versificación castellana se ha elevado en nuestros dias á un grado de perfeccion que no le dieron ni pudieron dar los poétas del siglo XVI. Ni ¿cómo podía dejar de ser así, habiendo progresado la ilustracion, y con ella la correccion gramatical y lógica de la Lengua, instrumento de la Poesía, y desterrándose de ésta tantos vicios y tantas *licencias*? Permítanos el crítico que no le citemos otro que el siguiente ejemplo, y que nos sujetemos á su propia sentencia,

rogándole que nos diga sinceramente si halla mayor perfeccion en los versos de Fray Luis de Leon que en éstos.

- » Pacífico habitante de la cuna
- » Dó en los brazos del Euro nace el dia,
- » Goza tranquilo tan feliz morada.
- » Nó, Ganges, tus riberas florecientes,
- » Ni tu sácro raudal enrojecido
- » Verán los dulces pueblos de la aurora.
- » Y vosotras, mansiones del ocaso,
- » Que veis templarse en los inmensos mares
- » El carro abrasador, que dora el cielo,
- » No temais: no ya viene la alta nave,
- » De muerte, luto y destruccion preñada,
- » Á espigar de cadáveres los campos
- » Y á trocar sangre y crímenes por oro." (1)

Pues todavía lo importunaríamos con otra pregunta: ¿qué desmérito pondría en éstos versos la circunstancia de tener asonante? No lo comprendemos. Porque el *perpetuo martilleo* deja de serlo en manos hábiles, como la *percusion* del compas ó par-

( 1 ) Poesías de don Alberto Lista. Véndese en la librería de Paz, frente á san Felipe.



te fuerte de la sonoridad y el tiempo en la buena música, cuando así conviene, que es casi siempre; y ésta es una de las peculiares dificultades de los buenos versos asonantados, de los cuales vamos á hablar pronto; pero por otra parte; cuantas ventajas no proporciona para hacer penetrante la sentencia final, para fijar la expresión intermedia, para mantener una agradable espectación del oído, para ostentar el laconismo amontonando rapidísimas ideas dentro de un término breve presentado &c. &c.

» Llegan, ven, miran, lloran, gritan, rien,  
» Dudan, créen en fin, y se desmayan.”(1)

Este *se desmayan*, que aquí hace poco efecto porque está suelto, hiere de un modo singular encajonado en su asonancia, como puede observarse.

Probado, pues, que la estructura rítmica del Romance endecasílabo es suscep-

(1) Discurso tercero, pág. 56 del Poéma de la Compasión.

tible de los mismos primores que caben en el verso libre; que no tiene los defectos de la octava, el terceto, la estrofa y la silva para la epopeya, nos queda que añadir y justificar lo que vá probablemente á sorprender á nuestro mismo crítico, y es: que, para ser todo lo perfecto de que lo consideramos capaz y digno, lo creemos sujeto á dificultades que nunca se ha pensado en vencer en los demás, y de ésto hemos dado nosotros las primeras pruebas en la *Enriada* y en la *Compasión*. Obsérvese, pues, que según nuestro sistema, hecho ya práctico, el romance endecasílabo asonantado debe reunir á todos los primores hasta ahora conocidos en los otros metros, las siguientes dificultades vencidas: 1.<sup>a</sup> No consonar ni asonar jamás entre sí los versos impáres. 2.<sup>a</sup> No consonar nunca los pares. 3.<sup>a</sup> Variar continuamente las dimensiones de las frases y periodos terminados en el asonante. 4.<sup>a</sup> Girar y cortar las oraciones, de modo que caiga en ellas el asonante á diferentes distancias del prin-



cipio y del fin. 5.<sup>a</sup> No rimar consecutivamente adjetivos, sustantivos, adverbios, ni aun verbos en igual tiempo. 6.<sup>a</sup> No usar por asonante palabra alguna que pudiera ser susstituida ó corregida si se hallára en medio del verso. 7.<sup>a</sup> Desechar todo esdrújulo y todo agudo en los finales, de lo cual sacan gran partido los italianos por la calidad distinguidamente *gráfica* de estas voces. 8.<sup>a</sup> Que no haya una sola palabra en los versos, pares ó impares, que sea consonante ni aun asonante del *asonante* establecido en cada canto, à ménos que la calidad de la idea exija como una perfeccion de la imitacion la reiteracion del són.

Si nuestro crítico reconoce y aprueba la dificultad y ventajas de éste esmero en la estructura del romance endecasílabo, desde luego convendremos tambien nosotros con él en que el mérito perfectibilidad de que es capaz el romance endecasílabo no era conocido hasta ahora; pero de ningun modo debemos con-

fesar que nó lo es todavía, solamente por que no lo usaron los antiguos poetas; creemos, sí, que los *versificadores*, á cuyo tribunal se nos envía, se han equivocado como nuestro crítico, sobre la fé de un tradicional *no-uso*, y no han estudiado este metro por hallarse preocupados de esa sierva y vana persuasion de no ser posible darle la magestad, armonía, rica variedad de ritmo, concision, y noble perspicuidad, de que nosotros con particular estudio y empeño hemos procurado adornarlo. Debimos nosotros en efecto, al ensayar este metro para la epopeya decir, como se nos indica:

„ Incedo per ignes  
Suppositos cincri doloso.”

Pero hecho yá el ensáyo, que es cuando nuestro crítico examinó ésta cuestion, es claro que en mostrarse así indeciso pronuncia que nuestros esfuerzos han sido vanos, lo cual convenia probar, y lo que



es peor, dá así por inaccesible á todos el empeño, declarando virtualmente que el estudio y la industria de los modernos es escusada ya para siempre, faltándoles ejemplo en los *consonantistas* del siglo XVI. Lo cual no hallamos conforme á una sana crítica.

¿Y pudo nuestro crítico dejar de observar que la *Enriada* está versificada con este esmero? ¿y asegurar que la facilidad de tal versificación *no es aparente sino real y verdadera*? ¿y sobre todo, apelar á la decision de los versificadores? ¿Y quiénes son éstos? Porque si exceptuamos á los poetas trágicos, que ni han querido ni debido sujetarse á tanta traba y primor, casi nadie hasta ahora ha sacado á éste méτρο del desaliño *jacaresco* á que lo condenó desde el principio el ridículo orgullo de los consonantistas. Nosotros no sabemos mas que de tres autores ejercitados *épicamente* en esta versificación, pero dos de ellos no existen: Iriarte y Vaca, y al primero lo tiene, además recusa-

do nuestro crítico declarándolo autor *de prosdica memoria, que ni era delicado*, (como dijimos nosotros,) *ni poeta, ni aun versificador*. El único pues capaz de fallar dignamente sería nuestro comun amigo Don Leandro Moratin, porque á su alto genio y conocimientos reúne la experiencia que hizo en el *Romance Heróico* de la toma de Granada premiado por la Academia Española. Pero no es necesario tampoco que recaiga sentencia de tercero entre dos contendientes amigos, y que no tienen otro interes que el de la verdad. Nuestro docto crítico es pues el único que podemos querer por juez, y quien debe ya confirmar ó modificar sus declaraciones anteriores, para que guiada por ellas la juventud, pise firme en las resbalosas sendas del Parnaso. En la sinceridad de nuestro amor á la bella poesía protestamos no apelar en manera alguna de su sentencia, por desfavorable que pueda sernos.

FIN.



de nuestro estilo de escribirlo antes de  
 poderse imprimir, que ni era de otro (20-  
 no dignos de otros) ni cosa, ni sus  
 escritores. El libro pues es de saber  
 dignamente, que nuestro común amigo  
 Don Leandro de Sotomayor, porque a su alto  
 celo y conocimientos tiene la experien-  
 cia que hizo en el Romanos libros de  
 la Torre de Granada premiada por la Aca-  
 demia Española. Pero no es necesario tam-  
 poco que sea la tentación de leerlo en  
 las de los contentos amigos, y que no  
 tienen otro interés que el de la verdad.  
 Nuestro libro crítico es pues el libro que  
 hombres que se por leer, y que en debe  
 la conciencia de los libros sus desdichas  
 sus anteriores, para que guíe por ellas  
 la juventud que vive en las realidades  
 sentas del mundo. En la sinceridad de  
 nuestra opinión, la bella poesía, y en  
 nos no es en manera alguna de las  
 sentencias, y de los hechos que queda





